

La magia más vieja

Leonardo Castillo

El 30 de Junio de 1969, después del cordobazo, comienza un operativo de encarcelamiento político que, según el Ministro del Interior, alcanza a 570 personas en todo el país. Otras informaciones aseguran que la cantidad supera el millar.

Cuando se me detuvo encontré para mí dos armas. Una: la huelga de hambre hasta que el hueso del canto se quebrara, dos: escribir hasta que el hueso del canto me reemplazara. Utilicé las dos por la sencilla razón de que no tenía más; por la simple razón de que mi gente tiene la virtud de entibiarme la sangre con gestos profundos. Yo estaba allí, con ellos y sin ellos, a puro silbo y golpe, tratando de inventar caminos para la vida o el silencio, porque el rito de la ternura va y viene incansable entre nosotros.

Fueron ocho días. El libro fue escrito en esos ocho días con sus noches, salvo el último poema que nació en la libertad del aroma, con los gallos cenizos de mi luna y con los pies encima de esta tierra, a la que los ciegos de siempre quieren convertir en un desgraciado campo de batalla.

Durante el encierro escribí de la misma forma que conversamos en el patio de un amigo, con el mismo apuro con que soltábamos “coplas arriba de la medianoche” improvisando, años atrás, con cuanta cosa ocurriera en ese otro momento de la amistad, con algo que se pareció a la payada y con mucho de matar horas en un ejercicio que se fue perdiendo gracias a verdades más urgentes. Así escribí,

recuperando algo dormido y latente; una manera, como cualquier otra, de ponerse de pie mientras giraban a nuestro alrededor los paraísos o el arroyo, el hombre decampo y la lluvia, la tristeza que nos dejan los que se fueron buscando otro lugar de crecimiento, y la alegría de saber que mañana tendríamos otra noche para compartir como una fruta.

Los años han pasado desde aquellas “coplas arriba de la medianoche”. Cada uno ha recorrido su parte. Las verdades más urgentes que nombro pueden haber nacido después de leer las noticias más pequeñas, las más ocultas, las que nos enteran de nuestra condición de latinoamericanos esclavos de un poder sordo y voraz, que no sabe ya con qué mano será mejor estrangularnos, que no se sabe si es mejor aplastarnos con su propio ejército o con el de los Estados Unidos, como ya ocurrió en algunos países de América Latina.

En lo que a mí respecta escribo poesía, y el 30 de junio estaba escribiendo poesía. Lo hacía y lo hago convencido de que no puedo acumular otra cosa para ganarme novias de 5 a 10 años, compañeros de 5 a 10 años y hermanos de 20 y 70. Con ellos me acompaño por donde quiera que vaya, sus ojos y sus manos me van indicando las puertas que debo abrir, los paisajes que debo cantar, los ríos que debo fijar en la memoria de otros hombres y la inocencia que debo defender. Pecados éstos que los gobiernos actuales no pueden permitir; tremendos pecados que

la mayoría de nuestra oficialidad militar, personera de la vieja oligarquía no dejan cometer. Pero ocurre que, con permiso o sin permiso, lo que digo anda, descansa en los árboles, va por la boca de otros hombres, se despereza en la madrugada sin haber dormido y vuelve a estallar en mi sangre sin que yo me proponga tanto y no para, y ése es el problema. Independiente de mí, de mis caídas, algo se levanta con fuerzas que racionalmente no conozco, pero que están aquí, en la sangre de siempre, para tenerme vivo en una geografía que necesariamente debo dar.

Vaya, pues, esta magia más vieja, la Libertad, para los que hicieron y hacen que su rastro sea más profundo y más caliente. Para los que aprendieron antes que nosotros a decir NO cuando parecía que “sí” a media voz era solución o seguridad. Para los que nos esperan y dimos promesa de volver.

Palabras desde un calabozo

El calabozo tiene una magia antigua, pero la nuestra es mucho más vieja. Sólo ella nos puede salvar.

Gran parte de la magia consiste en lo siguiente: detenerse cuando los demás no hacen otra cosa que andar sin ton ni son, caminar cuando los otros están detenidos sin por qué ni para qué, sumergirse hasta más arriba del cuello en los seres humanos. Si después de esto aún se puede respirar, el magiodromo espera. El acto ha comenzado.

Casi inmediatamente inicié la huelga de hambre. No tengo otra arma. Esta huelga y nada más. Por mi pueblo, por mis niños, estoy dispuesto a dejar mis huesos en el calabozo. Amén.

Se puede conversar con el preso.
Y llega la familia, y vienen los amigos.
Alguien me relata estas horas que ya nos
apartan.
Y muy juntos, después que se van,
seguimos charlando de nuestras simples
cosas.

Se quema el rastro en las llamas
y algo del grito se queda.
Hecho de copla y guitarra
copla y guitarra lo sueltan.

LOS HABITANTES

Si tu eres mi enemigo
la casa estará cerrada.
Alto muro de silencio
en las puertas y ventanas.

Si a muerte vienes doblando
te cruzarán mis amigos
con la vara de la rosa
crecido junto conmigo.

Mi casa parece nada
vista de afuera,
el patio sube callado
por las higueras.
Las sombras llevan un grillo
como de arma,
desde la higuera misma
llevan su carga.

Si estoy dormido en mi casa
alguien me cuida el naranjo.
No quieren saber la cara
ni el relámpago del brazo
del que vigila en mi casa
cuando en mi sueño trabajo:
Tiene millones de caras,
tiene años el relámpago.

Si te sientes mi enemigo
es mejor que vayas lejos
con tu fuego de locura.

Rosas de vara pura
y olas de viejo amigo
te acechan desde los vientos.

Si te sientes mi enemigo
te digo.

Yo te digo
si tú eres mi enemigo.

Nadie ha podido quemarme
por más que intenten hacerlo.

El viento apaga las llamas
antes que lleguen a incendio.

Y si algún día cayera,
por esas cosas que pasan,
quedará en pie lo que nombro:
me sobrevive la casa.

Si tomo el hacha entre mis manos tumbaré a ese vecino poderoso que me apura y me ahoga.

Esto lo dije hace muchos años, o así viví, que es lo mismo; y el egoísmo, mi egoísmo, cayó quejándose por los cuatro costados. A veces, el muy tonto, quiere levantarse y andar de paseo.

Yango, Yango. Es una palabra extraña, es un nombre para el pie, es un nombre de paso: Yango – Yango – Yango -. Es un nombre de caminar, es un nombre de caminar con los zapatos llenos de lluvia. Yango – Yango, llenos de agua mis zapatos; llenos de lluvia. Es importante caminar, cuando salga le diré a la gente QUE HAY QUE CA – MI – NAR; caminar leguas y años, caminar siempre. El único peligro de caminar es el cansancio, para eso hay que agarrar las dos orejas del cansancio y de golpe ARRANCARSE LAS.

Cuando pase el cansancio cerca nuestro, ya sin sus dos orejas, no podrá escucharnos y pasará de largo.

COPLAS DEL PIE

La noche no es buena amiga
del que la empuja descalzo.

El pie anda y averigua
el por qué de cada paso.

Es mejor andar de día
entre nubes y naranjos.
Sólo el pie sobre la huella,
calladito y sin cansancio.

Si el pie averigua las cosas
es muy capaz que se planta.
A veces larga preguntas
que te ahogan la garganta.

Es mejor andar de día
porque el pie se decide.
No conviene andar de noche
para que el pie no averigüe.

Y si nos toca la noche
hay que andarla con cuidado:
después que dieron las doce
a cada pie su calzado.

En Tafí Viejo ha muerto Elba Susana, dice el diario de este 2 de julio de 1969.

Murió durante los incidentes entre huelguistas y policías ferroviarios. Ayer, cuando la noticia de su herida, tenía 3 años. El padre ha dicho que la policía disparó contra un grupo de obreros.

Ayer, la noticia dijo que Elba Susana jugaba en el patio de su casa y una bala le rompió el vientre y salió por su espalda; la herida, según la noticia, tenía 4 centímetros de diámetro. Una rosa que yo hubiera querido besar.

Y que me digan ahora, y que me digan; los invito a conversar señores; quiero escucharles decir que fue una tragedia, que fue un lamentable accidente, que la vida continúa. La propiedad privada sigue abrigada, protegida; llena de serpientes y veneno.

¿Quién me da un jazmín por Elba Susana del Valle?

Cambio una calesita de caramelo y todos mis versos por Elba. ¿Qué no? ¿Qué no sirven esta calesita y todos mis poemas para pagar el rescate? ¿Y qué debo hacer yo para que Elba regrese a la vida y me enseñe a contar hasta diez? ¿Qué hago yo con mis poemas entonces; me los como y

vuelo, vuelo hasta donde Elba Susana dejó su campo de sangre?

Sí, vuelo.

Pero primero deseo saber dónde juegan los hijos de los generales, de los terratenientes, de los que hierven en la Bolsa de Comercio. Yo me guardo mi llanto hasta entonces. Quiero saber si estos niños son distintos a Elba Susana. Quiero saber si tienen cola, si duermen en camisones de amianto.

Hoy, 3 de julio, el diario dice que tenía 4 años; ayer dijo que tres. La han envejecido un año en un día, con lo cual la rosa de sangre en su vientre ha florecido dos veces. Y yo digo, también, que en un día hemos envejecido un año; en consecuencia. . . es hora de ajustar las cuentas.

Eso digo, mientras a las cuatro de la tarde siente como crece el alboroto en el patio de la escuela, aquí, en Ramallo.

PALO FIJO

He venido desde lejos
a cantar una baguala.
La tarde se ha puesto mala
y ante la noche se cae,
pero soy el responsable
de la gente que me aguarda.

He venido desde lejos
a contar una baguala.

El que tome de mi vino
siempre dirá lo que sabe:
golpes de palo fijo
para marcar los finales
buscando los apellidos
y el nombre de los culpables.

He venido desde lejos
a cantar una baguala.

Encerraron por ser libre
al aire en un calabozo,
cuando el aire salió libre
salió pechando furioso.

El aire tumba paredes
como buscando la huella.
Qué cosas no tumba el aire

cuando lo sopla mi tierra.

He venido desde lejos
a cantar una baguala.

Golpe de palo fijo,
golpe de palo fijo:
una baguala.

Golpe de palo fijo,
golpe de palo fijo:
hasta cansarla.

Ahora, en el calabozo de enfrente,
encierran a un borracho.

Le hago llegar un cigarrillo, nos miramos
desde los ventanucos y el hombre agradece;
yo le sonrío. Esta mañana se ha ido.

Los policías cercanos, amables, quieren que yo empiece a comer. Nunca nos entenderemos, ni creo que yo deba explicarles que por ellos también estoy peleando.

EL MAL TRABAJO, MI GENERAL

Pobrecita la llave,
fría y callada;
días de vuelta y vuelta,
siempre mandada.

Llave de andar cerrando
puertas oscuras
por un sueldo miserable,
y por las dudas.

Pobrecita la llave,
a veces veo
como tapan su boca
y los deseos.

Hay días que sale,
viste uniforme:
así de gala
se cree un hombre.

Y cuando llega la hora
de andar sin ropa
le pego el grito,
le canto coplas.
Esa es la hora
en que la llave
me escucha y llora.

Pobrecita la llave,
¡tanto suplicio!
No sabe qué hacer conmigo,
ni con su oficio.

Ahora me gustaría escuchar una guitarra.
Esta noche.

Podría ser la guitarra del Negro Gómez, o
la de Beto, la de Raúl o Cacho.

Puede que venga Roberto con su guitarra.
Una guitarra lenta, profunda, como cuando
nace el jazmín. Esta noche.

La guitarra vendrá del río y hasta el río
volverá para dormir sus sueños.

Y recuerdo aquellos, mis viejos versos que
algunos conocen.

La noche se hará
con ceibo lunar.
Los dedos del agua
guitarras de piedra
vendrán a tocar.

Esta noche, para esta llama mía.

LA NOCHE EN SU JARRA

La noche tiene su jarra
para que alguien la beba.
Entra rocío a los dientes,
se hace misterio en las venas.

Jarra de azul transparente,
asa de fino escamado
que nos templá desde lejos
cuando va de mano en mano.

Pero es vacía y oscura
entre los hombros pequeños
que le utilizan la sombra
para vivir como dueños.

Se aleja del solitario
lo que desborda la jarra.
Aquél que cierra la puerta
nunca bebió de su magia.

La noche crece las uvas
tan maduras y tan altas
que hasta parece mentira
el sueño que nos desata.

La noche tiene su jarra
para que el pueblo la beba.

Entra rocío a los dientes
se hace calor en las venas
y lo declara naciente
de luna, río y cosecha.

Siglo de azul transparente,
asa de fino escamado,
arma del hombre nuevo
cuando va de mano en mano.

Hace muchos años me dijeron que un ala suya cayó aquí cerca.

Me dijeron, hace muchos años, que al dormido plumaje del pecho lo recorrían unas gotas calladas, calientes y rojas: esas plumas lloviznaron en la cansada curva que hace el río para doblar perezoso hacia el sur.

Hace muchos años.

Hace muchos años me dijeron que en ese invierno, sospechosamente, despertaron los jazmines su magia de verano para que un pájaro, un solo pájaro, vistiera de nuevo sus pequeñas nubes de sonido y retorno.

En esta curva, donde el río dobla perezoso, trepó hacia el viento que lo había llamado.

Los viejos dicen que esa noche los culpables no durmieron temiendo la desgracia, y que los niños, alejados de aquellas luces que salían de puertas y ventanas, jugaron hasta el alba.

COPLAS DEL OFICIO

Si alguien pregunta por mí
digan que estoy trabajando,
y que no puedo volver
si no termino el trabajo.

Hago rosas de neblina
con guardapolvos de mayo,
y con gotas de mi vino
le crezco a la rosa el tallo.

Al vino lo hago por marzo
con tres bailes y una fiesta,
le pongo el alma en un vaso
y una estrella de etiqueta.

Al vaso lo hice una noche
juntando cuatro luceros.
Cantaban a cuatro voces
en la rama de un ciruelo.

El ciruelo crece ancho
como las calles del mar.
Su follaje estalla en cantos
que nadie puede parar.

Si alguien pregunta por mí

digán que estoy ocupado.
Lo entiende bien el ciruelo
porque de allí no me bajo.

La policía me trata bien (los policías me tratan bien), pero soy el único preso en todos los calabozos. Aquí parece que no hay explotadores ni ladrones que encerrar. ¿Podré preguntar a la policía el por qué?

LA PREGUNTA

Hay gente que en la pregunta
es gente sabia,
pregunta por una calle
o alguna casa,
y hay gente que en la pregunta
más bien se calla.

Prefiero si me averiguan
qué cosas pienso
antes que me investiguen
si como y duermo.

Hay gente que en la pregunta
no da la cara,
prefiere morir en duda,
más bien se aparta.
Hay gente que en su pregunta
no dice nada.

Por eso me gusta el hombro
que va buscando
a cada pregunta suya
su justo brazo.

Ha llegado Sergio. Entra como el hombrecito que es, y me abraza. Me regala un cuadro pintado por él. No puedo hablar. Pasa el bracito detrás de mi nuca y lo deja sobre mi hombro. Entonces llega el verano. No sé qué le digo, realmente no sé.

Hace tiempo que presiento la raza de Sergio, es de esta raza nuestra. Si se queda un minuto más será difícil para mí. Me hubiese gustado que me viera de pie, no tirado en esta cama de calabozo. Sé que no tengo nada que explicarle, él lo sabe todo: estamos peleando al lado de los suyos por los chokolatines y los helados, y las escuelas y los zapatos. Los vamos a conseguir, seguramente.

Me ha quedado en el hombro, como un vellón de lana blanca; ahora cumple años, en cualquier parte, una paloma rubia.

Aquí se ha instalado el verano. Se quita los zapatos y la camisa para echarse a mi lado, allí, en el cuadro de Sergio.

Me encuentro capaz de golpear trescientas mil veces en el día una pared o una mesa, con este dedo, nada más que para llegar a los trescientos mil golpes. Lo demás me lo callo.

Al lado de mi calabozo, pegado a él, un poco más allá de esta pared, hay una escuela. Siento la campana y escucho cómo los niños desatan un millón de pájaros. ¿Qué otra cosa necesito para ser feliz?

Esta escuela, aquí al lado, con sus campanas y sus pájaros me recuerda mi época de escolar. De todas mis maestras una ha muerto. La señora Leonilda.

Esta noche vendrá a ver qué pasa con este alumno suyo tan de acá para allá.

Esta noche va a venir aquélla, mi maestra, y le contaré de sus nietos, a los que veo crecer y reír. Le diré que sus nietos llevan la vida en sus ojos, y que el fin de semana pasado hicieron una gran fogata por San Pedro y San Pablo.

¿Qué otra cosa podría contarle a esta abuela? De lo mío será mejor que no hablemos, porque mi señora Leonilda puede entristecerse.

Le pediré que me cuente un cuento, después me dormiré y ella se irá, nuevamente, a todo el azul que vi en mi vida; a ese sitio donde los pájaros no mueren jamás.

¿Qué será de aquel viejo amor? ¿Qué será de aquel viejo amor que no quiso, no supo o no pudo compartir el llanto y el hierro? Una mujer, yo lo sé, necesita una casa y sus propios hijos; pero mi casa es el espacio y todos los niños son mis hijos. ¿Quién se atreve a compartir semejante casa y tantos niños?

¿Qué será de aquel viejo amor?

Aquel hombre derribó la selva inútil para que naciera el trigo, y tendió entre los hombres puentes eternos. Al séptimo día quedó mirando las nubes como si rezara, o tal vez escuchaba cómo nacía el silencio durante el séptimo ocaso.

Cuando lo vi jugar con los niños ya no supe si era de nuevo entre nosotros Cristo, o si entre nosotros era de nuevo el Che.

Gira la copagira, gira la copagira, gira la copagira. ¿Dónde escuché o leí eso antes? Gira lacopagira, gira la copa. Gira lapuerta, gira el techo, giran las paredes. Y yo también giro.

Yo estaba de rodillas tratando de envolver mis alpargatas en un papel demasiado chico. La mujer, de pie y sonriendo, me dijo: es como si trataras de envolver un tren de juguete en un día demasiado corto. Y no perdí más tiempo. Todos los caminos me aguardaban.

La sombra de los barrotes de la cama en la pared, la sombra de mi cabeza en la pared, entre los barrotes. Afuera, en el patio, un grillo en armas muele infinitos granos de arena transparente.

Se nublaba, comenzaba el viento y subía a la punta de los pinos –se hamacaban entre mi casa y las vías del ferrocarril-, tendría nueve o diez años. Vi, sentí y he bebido, allí arriba, cosas que jamás pude contar.

Un silbo gotea en el silencio. Aquí alguien ha silbado a pesar de las órdenes. Miles de antepasados, millones de células, me hacen ver lo que algunos no han podido ver: El silbo está de pie, inclinado sobre uno de sus brazos que, a su vez, se apoya en el último vaho de la tarde. La luz ha quedado inmóvil y en ella toco, perfectamente, cada rostro que asumió su riesgo.

Ahora mi casa está en orden. Silbo, bebo mi último trago de té, y me levanto para entrar sin prisa en la oscuridad de la séptima noche.

A veces no tenemos en cuenta el valor de nuestra sangre, pero eso a nuestra sangre le importa bien poco. Sola se levanta cuando las bestias invaden territorio inocente.

Nuestra sangre tiene un oficio independiente y seguro.

La tormenta quebró las palmeras, deshizo la cerca y dejó un hueco donde estaba el techo. Sólo el fuego se mantuvo en pie para que un misterio, fugaz y en los otros, no muriera de frío, o de vergüenza.

Cuando el último tonto se puso de hombre
quedó sellada la suerte del último
inquisidor.

COPLAS DEL TORO SUELTO

Entre una rosa y el viento
martillazos y cadenas.
Quiere matar el invierno
el corazón dela hierba.

Entre una rosa y el viento
martillazos y cadenas.
Alguien calienta los cepos
mientras preparo la siembra.

Entre una rosa y el viento
crece un lobo de alas negras,
y en este lado del río
mi toro bravo lo espera.

Será de ver, será de ver
entre la rosa y el viento
quién deshace a quién
en esa parte del tiempo.

Yo me juego por el toro
con ésta, mi sangre entera.
No vale penas el lobo
si la juego en primavera.

El lobo se muere solo,

una cornada lo mata.
El lobo se ha muerto solo,
una cornada le basta.

Ha vuelto al río mi toro,
y ha vuelto mi toro al río
con su piel y con su estampa.
Ayer lo ha visto el rocío:
Trabaja, sueña y descansa.

CON MI GENTE

II

CALIENTE

No me queda ni un solo remo,
ni un triste empleo triste;
soy de los que no tienen recomendación,
ésas de peso, y sin embargo navego: una
orientación de hombres y de octubre que le
doy al rumbo.

Ni un solo remo,
ni corriente favorable por momentos,
pero igual estoy de Patricio hacia Fernanda,
de Alejandro hacia Florencia.

Estoy en el centro de un pulmón, pulmón
de chozas y labriegos, albañiles,
carpinteros; allá, en la villa, sueño ligero,
proyecto de ciclón, guitarra sin bordona
porque no aguanta el clavijero, bagualas,
milonga en letra chica, Jorge y su pandilla,
todos ellos con la esperanza de un caudillo.

Ni un solo remo tengo,
ni resto, por las dudas. Sólo este rumbo
desangre y de mañana.

Atrás quedaron los que aguardan mi
naufragio. Olvidé sus caras, el largo
aburrimiento y la razón pesada que
invocaron. Tienen remos, rápidos veleros,
cascos de acero, edictos policiales, libros
nuevos: todo para morir en el mismo lugar

en que nacieron, porque no vivieron nada desde entonces, desde la pesada razón, los argumentos, y han puesto al olvido por remedio.

ENTONCES,

NO me calienten,

No empujarme,

NO SACUDIR LA POCA HIERBA QUE ME QUEDA.

Clavar mi pie en un cubo de luz

en la obsesiva forma que poseo de meter la pata, escaso dineral si lo miden o lo pesan.

¡Pero cuidado! Allí la voy de propietario.

Dejarme, dejarme al frente.

QUE PONER LO MACHO ENCIMA DE LA MESA

EMPIEZA CON TERNURA Y TERMINA CUANDO EL ÁRBOL CRECE.

Llevo a la inocencia animales que la infancia juega,

conejos de bruma,

potrillos de lana tibia,

magos pequeños, cascabel de naranja o de manzana. Con el hacha definiendo esas imágenes; “no vista ‘pa mayores, como dice Ángel,” mayor aferrao a su ladriyo y a los mangos, como ha dicho Guille.

NO JODERME, NO CALENTARME.

Esa es la medida, la salud de vuestro hueso;

A ver si pegan eso en la cabeza, que esa es,
tal vez,
la medida del tiempo que les queda.

Ni un solo remo,
ni un techo sólido,
ni anís de luna;
pero

El verde no muere solo
cuando muere de cansado,
anduvo el árbol y el viento
haciendo amigos de paso.

Hoy

El azul no viaja sólo
por encima de la cuesta,
abajo prenden los hombres
al azul en su leyenda.

Y la mañana canta desde el ceibo y el
romero.

Si es necesario alas de piedra
para que el vuelo vuelo te sepa
tendrás que hacerlas. Tendrás que hacerlas.
Lejos te esperan, cerca se empieza.
Un vuelo alto de pluma y piedra.

Y Juan retumba:

La tierra no crece sola

ni solo se yergue el trigo,
por allí andan los hombres
removiéndole los siglos.

No hay nadie solo en la tierra
cuando la tierra es de todos.
Mi gente cava en el canto,
la tierra lo hace más hondo.

Así es nuestro amor,
alborozo, río para cualquier cosa;
patudo, peludo,
frío y duro en la mano para golpear
golpeando,
caliente en las verijas y en el pecho.
Él ha rechazado a lo indio lo que hiere al
árbol,
a lo salvaje lo escupe y rechaza.

Dejarme ahora.
Dejarme con este rumbo de sangre y de
mañana.
Dejarme sin plata, sin el mango,
sin la guita,
dejarme sin los tejos.
Dejarme sin la raíz del patacón que algunos
riegan.

Sólo mío, mío sólo y necesario
el blanco de harina y el vaso mudo

llorando en el rocío.
Sólo mía la fatiga, sólo mía, mía y mía tu
esperanza
cuando hallo en mi cantar y en este oficio
el grito que te falta
y mi esperanza.

Dejarme con mi gente,
dejarme con mi lluvia,
con mi patio.
Dejarme con mi luna,
con mi paso.
Dejarme con mi grito
hasta que el último velero cargue con mi
copla y parta.
Dejarme con las cuerdas de mi raza.
Dejarme ahora, y ya sin remos
dejarme con mi pueblo, dejarme con el
grito hasta que caiga.

UN PUEBLO SIN
MEDALLAS

EL TREN DE LOS CEREZOS

Cuando finalice mi concierto
guardaré en las cañas del vado
el silbo de las caminatas.

Mientras apagan la luz de la Cúpula Grande
confiaré de nuevo mis grillos
y mis abejas
a su estuche de niebla y semillas.

Como no habrá tiempo para esa despedida
treparé de un salto
al tren de los cerezos.

PRESENTACIÓN

Cuando alguien viene de una tierra donde el poder de unos pocos es tan suficiente como para imponer la muerte a la vida, viene de una geografía en llamas. Entre llamas se ponen celosos y disparadores los fusiles de la dictadura, no hay día en que no masacren puñados de hombres y mujeres. A cada hora, a cada minuto, Latinoamérica es forzado testigo de cómo se rompe detrás de unas rejas lo mejor de la esperanza. Hablar ya de tortura, de secuestros masivos que se tornan ausencias definitivas, de los encarcelados sin proceso, de los millones de niños que mueren sin conocer la historia del pan o el portal de una escuela, de la extravagante riqueza que ostenta un círculo estrecho y los pueblos que viven al margen de ella es revolver sombras de un viejo, viejísimo caldero.

En la Argentina, como en tantos otros países, el callejón de la palabra ha sido cuidadosamente dinamitado, no hay razones que se puedan exponer; sin ellas es imposible dialogar sobre el futuro, y para que esto se mantenga, tal cual, hay que apuntar hacia las multitudes. Base sacrosanta de este poder son su avaricia y el apetito salvaje que lo caricaturizan sangriento, anacrónico,

despiadado. De aquí afirmar decretos leyes con la punta de una bayoneta no hay más que un paso, ese paso se da a cada momento, siempre y sin reparos. Ante esta realidad uno tiene el derecho de pensar que en mi tierra son más libres los animales que los hombres.

A veces me pregunto cómo serán calificados estos años en mi país, y si la década del 30 al 40 fue justamente rotulada la década infame no creo que con menos de época del horror se podrá mencionar a este tiempo de mártires y postergaciones. Hoy, desde el exilio, se comprende que a pesar de la distancia también estamos presos, que lo que uno intenta es estar lo menos preso posible para ganar espacio en sí mismo y ofrecerlo a los demás. Hechos de nostalgia, de malas noticias, de naufragios sin remedio nos cercan y lastiman. Ahí, enfrente, están la oligarquía argentina y el imperio del águila, firmes hacedores del desastre, utilizando a las fuerzas armadas y organizando muros contra la ternura y la solidaridad humanas. Y aquí estamos nosotros, tratando de limpiar espacios, de ofrecerlos; buscando de ver, entender y aprovechar la luz de un continente en llamas. Porque la luz, la luz y lo que ella va gestando, hace temblar al enemigo. Así ha ocurrido una y otra vez a lo largo de la historia. Un pueblo camina en esas llamas, un pueblo que hizo la patria de arriba abajo con la lanza y con el torno. Ese pueblo volverá, sin monumentos ni medallas, a poner en pie lo que ha sido hecho pedazos. Cuando

podamos unir todos los espacios libres, cuando hagamos la llanura de horizonte a horizonte, podremos escuchar nuevamente las canciones terribles, las prohibidas; las que nos hablaban del amor y de crecer en paz, entre otras cosas.

LEONARDO CASTILLO

El tren de los cerezos

UN PUÑADO DE ABEJAS

Los rumores, los pequeños sonidos. Nada.
 Ahí, solo,
 con un segundo bastará
 si sumerges un puñado de tus abejas
 en el recuerdo.

Hemos abierto un camino
 a costa de un sudor parecido a la tortura inútil.
 Hemos rogado para que los gritos del fuego
 resonaran en nuestros amores,
 en las puertas y ventanas,
 en la maravilla de unos ojos por llegar a verlo
 todo
 y en la última disciplina
 de los pájaros escarchados.
 Hemos compartido el brebaje de los eneros
 a la orilla del río,
 nuestras manos han realizado su religión diaria
 tomando el buen vino, el vino lento.

Las luces se han guardado en su cesta de
 sombra.
 Los rumores, el aire nuevo y torpe jugando en
 las hojas. Nada.
 ¿Será que por vivir esto uno pueda sentirse más
 alto, más tibio?
 ¿Será?
 ¿Y esa tristeza que murmuraba en los juncos?
 ¿Qué lejanos pies la traen y la llevan?
 ¿Tu infancia, quizás?

¿O ese dolor reciente que pasó por tu casa
desnudo
y callado como un árbol seco?

Pero en definitiva sabes que has estado donde
debías,
no más allá –no más-,
como un ser humano en equilibrio
arriesgando lo posible en lo mejor del día.
Pienso, viéndote así,
durmiendo en paz,
que has vivido como Dios manda.
Sólo el remolino de los pájaros,
amanecidos en la isla de algún hombre solitario
puede despertarte.
Te espanta esa soledad, te duele.
Has llegado.

MUCHO ANTES QUE LA RUTA DOCE

Fuimos, nos arrodillamos.
 Rezar nos descansaba
 sumergiéndonos en un mareo tibio.
 Las hachas colgaban limpias en su lugar de
 madera;
 el bostezo acerado del ojo
 finalizaba dormitando en el silencio del monte.

Fuimos, nos arrodillábamos.
 La transpiración iba al llanto de la piel
 desde un mar aquietado, siseando en los oídos
 con sus pájaros diminutos.
 Nos descendía una abeja de vidrio por los ojos,
 imagen salobre
 en aquel universo de quebrachos y guayabas.

Había una pequeña iglesia en Cainguás,
 otra en Caraguatay.
 Fuimos, nos arrodillamos;
 pensábamos en aquellos Hombres que se
 hinchaban
 al sol como frutas tropicales y sentimos
 cada espina invadiendo nuestra propia carne.
 Recuerdo que no debíamos gritar, y
 cantábamos.

Era un sacrificio Concepción de la Sierra,
 otro Cerro Azul,
 y yo tenía un amigo que se llamaba Gabriel
 y Macario Mendoza andaba haciendo locuras
 en la picada del monte armado de calor y payé.

Había un pequeño altar en Guaraní,
vivía un sacerdote amigo de Mbopicuá.

Existían, vivieron, lo soñé y lo vi,
me navegan ya sin rostro y sin oficio.
Fueron días que entraban con su filo puro
en la vaina roja y verde de Misiones.

En aquel entonces, Oberá,
no había llegado a ser la capital del monte,
y la ruta doce era un proyecto solitario.

Fuimos, nos arrodillamos,
y como no podíamos gritar
cantábamos.

ORACIÓN PARA EL HOMBREADOR DE
BOLSAS

Érase que fue un caballero de capa y espalda.
 Se deshacía en los galpones
 estibando las cosechas y las borracheras.
 Érase que fue un caballero de capa y espalda
 redondeando en sus hombros toneladas de trigo
 nuevo.
 Solía brillar al sol como un poste
 ensangrentado
 y de aquel sudor
 podían beber los caballos del mundo.

Andaba de alpargata abierta en el empeine
 y se embanderaba la cabeza con gorras azules,
 siempre viejas.
 Era fuerte como el que ha crecido enseñado por
 el viento,
 la cintura hecha con mimbre del arroyo,
 pariente cercano del atraso en el salario.
 No creía en el voto,
 ni en dios,
 ni nunca terminó de conocer la propia ternura
 de sus huesos.
 Con el vino se marchaba
 dejando un apodo vivo y corcoveante.
 De largo pasaron por la puerta de su rancho
 Gaspar, Melchor y Baltasar llevando para otros
 oficios y centellas de juguete, por eso,
 nadie como él,
 insultó tan de cerca el reparto en lo terrestre.

Érase que fue un caballero
 de capa y espalda,
 alto y ancho como un puente,
 y como a un puente nunca bendecido
 alguien lo cruzó a contrapunta de la historia.
 Alguien aprendió a robarle.

Alguien,
 sin meter la mano
 en sus bolsillos.

Alguien:
 el dueño de las
 sombras y las
 puertas.

Lo retorcieron como a un trapo,
 le sacaron el jugo y los colores
 y finalmente lo tendieron en la hierba
 para que lo tragara el aire.

De aquel caballero,
 nuestro caballero de hazañas y de asombro,
 ya no queda nada,
 apenas una
 sombra girando inútilmente
 los días y los años;
 sólo un charco de sudor,
 un espejo donde a veces
 vienen a beber todas las fatigas del mundo.

Sus amigos aún lo ven cayendo de la estiba.
 La espalda rota,
 la capa saliendo por los ojos
 con su escarcha roja. Y nada más.

La sociedad, nuestra forma tediosa de
reunirnos,
tan occidental como cualquiera,
tampoco en este caso ha dicho nada;
pero le cuestiona el vino,
el coraje,
su mirada dura en esa muerte
y aquellas gorras azules, siempre viejas.

SANTOS BRUSCO

¿Habrá que preguntar, todavía?
 Es un pedazo de tierra, nada más,
 con su tamaño de cuatro palmos rozando en los
 vecinos.

Por aquí no pasaron ni Cristo,
 ni Ernesto,
 ni Pablo.

Pero no hay que preguntar, diría,
 si uno ve con la nariz el carro viejo
 hasta el tope de espigas recién cortadas,
 ni preguntar quién palea y crece en las
 naranjas,

en las colmenas
 y en el humo del horno atrás de la casa.
 Usted pasará sin golpear las manos,
 caminar  al costado de las rosas,
 se inclinará un poco para atravesar la cascada
 de glicinas

y al entrar verá, sobre la mesa,
 dos o tres puñados de arvejas
 y un pan pura espera.

¿Fuma usted? ¿Bebe, acaso?
 ¿Vino, agua o algún brebaje con el sol adentro?
 ¿Usted recuerda aquel licor de alfalfa?

¿Extraño? Extraño.

¿Y aquella gruesa tajada de harina casera,
 y aquella gota de miel de higos?

Ni Cristo, entonces,
 ni Ernesto,

ni Pablo. Todos juntos en la boca de don
 Santos Brusco,
 calderero jubilado, labrador, con los pulmones
 repletos de historias de animales, frutas, países,
 hombres.

Pequeñas esferas doradas saltan de su boca
 y se posan en nuestra memoria.
 ¿Siente el pelaje tibio? ¿Entrecierra los ojos?
 ¿Usted está conmigo que aquí hay que volver?
 ¿Volverá mañana?

¿Pasado?
 A la tarde, a eso de las seis, como para ver y
 escuchar,
 como para recostarse en ese mundo sabio y
 lento, incesante.

¿Usted buscará palabras para contestar?
 ¿Las buscará impaciente como si algunas
 partes suyas
 estuvieran en otro sitio, o dejará hablar
 a esa célula que supo llegar desde el mar
 hasta el bosque?

¿Se fijará demasiado en la camisa que cubre a
 don Santos,
 en la tierra adherida a los pantalones raídos,
 en los granos de polen
 hasta encima de las rodillas?

Usted me dice que ésas son las túnicas del
 sacerdote,
 y ha entendido,
 porque el sacerdote viene hacia usted con un
 pedazo fresco de alba en las manos,
 una forma de panal transparente,
 un oro líquido que cubre la garganta

con un gusto a fresno mojado.
 ¿Ha comulgado usted?
 ¿Ha escuchado en paz lo que la sangre dice?
 ¿Comprende ahora, cuando esferas doradas le
 hablan de justicia?
 Porque Santos Brusco, desde siempre
 militante,
 ha sido encarcelado y perseguido,
 él ha vivido en alerta permanente,
 como ahora cuida el cerezo enfermo
 y renuncia a la paga de su fruta.
 ¿Habrá que preguntar, todavía, encima de este
 palmo
 que roza en los vecinos?
 Las historias de don Santos Brusco,
 como peones y torres en un tablero,
 como gacelas bebiendo en un relámpago,
 como un perseguido desgarrado con alambres
 de púas,
 como sangre machacada en el mortero de un
 calabozo,
 como techos que uno recorre sigiloso,
 como un fragor cerca del oído,
 como un hermano muerto en el silencio de los
 cardos
 entre grillos, sapos, agua y viento.
 Como ese carro cubierto de espigas
 a la sombra de los sauces;
 como ese pan, como los hijos,
 con ese gusto en la garganta,
 ESO a fresno mojado por la lluvia
 jugando al aquí estoy, aquí estoy,
 aquí estoy.

ASÍ HABLABA SANTOS BRUSCO

Bienvenidos los hijos de mis amigos.
 Ellos me creyeron como si yo fuera su propio
 padre,
 me vieron como la puerta que se cierra al frío
 o se abre al trazo de la paloma a las diez de la
 mañana.

Gracias a la tierra de mi huerta,
 la mínima huerta,
 la que me daba el alimento;
 y recuerdo a mis viejos pantalones,
 los que me salvaban de aquellos inviernos
 que ya no conozco.

Bienaventurados mis padres
 que al verme con mis fuegos y el delirio
 sólo me dijeron...

Aquel que no ame a
 las abejas, al árbol y
 el beso
 que no sea
 demasiado duro
 contigo... y
 bendijeron los
 caminos que desde
 entonces piso.

Dejo este puñado de relámpagos y este trozo de
 aire

a los amigos que llenaban la tarde de mi casa
 limpiando de malezas mi palabra.

Eran el agua de mi pozo.

LOS SABIOS

Los que buscaban el sí o el no
 iban por otros valles.
 Los que allí vivían no eran sabios del sí o del
 no.

Se llegaba a la sabiduría por otros caminos:
 el de las historias pequeñas
 y los gestos cotidianos,
 el gesto que puede muchos años,
 el que rescata el día primero de la lluvia,
 el que dio de beber a los animales mansos.
 Sin embargo preparaban
 el Sí o el No al crepúsculo,
 siempre que fueran necesarios
 como un rayo para el día siguiente.

Eran como el desierto y la sombra,
 donde su unen la sombra y el desierto.
 Hacia octubre como el lino.
 Por eso, entre batalla y batalla,
 no faltaba una guitarra.
 Se cantaba y se bebía,
 se aguardaba confiadamente el regreso
 de los que habían marchado al bosque.
 Algunos no regresaban ni morían.
 Había pudor para el llanto
 y se hacían canciones para el amigo ausente.
 No eran fáciles de hacer,
 pero se escribían sobre tablas transparentes.
 Existía una disciplina en plena libertad.
 Los músculos tensos acariciaban

con ternura y limpiaban de tigres el territorio,
hasta el último límite.

No había dioses,
pero se hacía un sano culto del arroyo.
Éste era un gran decididor de leyendas y de
brumas.

Estaba prohibido orinar en aquel arroyo
ni se podían arrojar en él los cuerpos
de los tigres vencidos.

Cuando llegaban otros hombres
en busca de una verdad se los invitaba
a plantar un árbol.
No era el árbol del pan, como algunos dicen,
eran sauces,
y se podía vivir a la sombra de estos sauces y
escuchar.

Los dolores, como los incendios,
se apagaban entre todos.
La palabra compañero era tan venerada como
el arroyo.

De vez en cuando se enviaba a las ciudades un
informante.
La mayoría de las veces este informante volvía
cabizbajo.
El coraje de estos hombres era fuera de lo
común,
y cuando regresaban se los obligaba
a beber zumo de uva con flores de lino heladas.
Por lo general dos o tres días después

estaban recuperados y volvían a sus tareas.
Los informes se archivaban cuidadosamente.
No había fabricantes de leyendas,
sólo había repetidores
y aquellas se enriquecían de unos a otros.
Algunas escapaban al dominio del arroyo
y de sus habitantes,
estallando lejos con su Santa Bárbara de pan.

Llegaban viajeros de lejanos paisajes
en busca de lugares y los hombres sagrados,
pero los lugares y los hombres eran simples,
con una tibieza especial y un color acentuado
sólo al ojo atento.
Algún recién llegado se quedaba a vivir para
siempre.

El silencio no era considerado una enfermedad,
pues lo que debía decirse se decía a su tiempo.

Los muertos se enterraban en el campo,
los cubría el trigo o la albahaca,
las aves no tenían refugios tristes: no había
cementeros.

El trigo nace mejor sobre ellos,
decían los más viejos,
y en ese estado seguían existiendo.
En otros territorios el trigo nace
de las espaldas quebradas de los vivos,
generalmente lejos de los sauces.

CON SU RAÍZ EN LA NIEBLA

Nuestra tierra no tiene nombre,
igual que la copla nacida con su raíz en la
niebla,
que no es de nadie y es de todos.
Tiene un diamante en su quilla angosta
puliendo el aire para que caiga lento
en el oído de la siesta.
Nuestra tierra sin nombre;
un fantasma al que hemos abrazado por dentro
en los arroyos, o en la pesada y clara
lluvia de agosto.
En cada enero viaja con nosotros,
despierto en su boca el animal de luz que la
gobierna;
entre destello y destello se nos aparece
ennegrecida
como una empuñadura para que el Hombre
asuma sus días,
o roja para que no olvidemos aquel antepasado
violento
que en ella duerme su desgracia inútil.
Puede bajar desde su trapecio nevado,
o puede venir del este con la furia más alta del
trópico
cuando se apura indígena y coraje haciendo un
río
de cerezas para que navegue el sueño.
Esta tierra nuestra, sin nombre.
Esta tierra con su olor a tabaco virgen,

esperando, todavía, para encender el cigarro
del alba.

Su campanario pulido, intacto,
los astros cálidos vistiéndola con la sagrada
ropa
que no supimos conseguir.

Hermano mío, tú y yo, aún incapaces de
habitarla,
incapaces de hacerle un puerto como un hijo
donde ella pueda gritar y abrir los brazos,
ese pequeño y primer lugar donde nadie debe
morir

después del amor de cada día.
Nuestra tierra no tiene nombre,
igual que la copla,
que no es de nadie y es de todos.

Esta tierra,
esta tierra nuestra, desde antes,
con sus lampos y penumbras.

ESE RARO TRONCO

Mi madre me parió con alas,
 yo no lo supe hasta más tarde.
 La conocí inventando la cocina,
 preparando los veranos,
 iniciando los caminos de la albahaca,
 aprisionando la jalea de las brevas
 –aquel arco iris desde el frasco-.

La vivo una noche que me crece.
 Alzábamos en juego todo el patio
 mientras despertaban los caballos blancos
 entre delirios de chicharras.

Mi madre es una mezcla de violetas,
 de menta y de espárragos.
 Navega en su mar de té al cuidado de su
 escuadra,
 ella, la nave y cien mañanas,
 haciendo hechicerías con la escoba,
 barriendo los otoños, frotándome las ganas
 después de cada intento
 porque hay un peligro de malas intenciones y
 pedradas;
 y soy de carne y hueso, y no es fácil, pero vale.
 Y allí está mi madre,
 después que le enjuagan la noticia de este
 crecimiento apresurado,
 le dice algún vecino temeroso
 que ando revolviendo con mis manos el zumo
 del acero y del asfalto,

que ando levantando a los obreros,
que no hay forma de pararme, ni con plata. ¡Y
eso es grave!

Y allí está mi madre,
diciendo que alguien me parió con alas,
y si mi camisa es azul y hay viento no hay
remedio,
vuelo,
vuelo.

Y reinicia la tarea,
empieza la ternura sabiendo que vuelvo
cansado,
pero entero.

Hasta puede que haya una sonrisa cómplice al
regreso.

Algunos intentaron derribarla,
hablen de eso con el otro guardián tutelar del
domicilio, mi padre.

Mi padre abriendo la puerta de la casa más
abierta a los amigos,
estallando en guaraní de la noche a la mañana
cuando le vienen con la historia cansadora
los hombres de caras deformadas.

Mi padre.

Mi madre.

Ese raro tronco
que me parió con alas.

ESTALLIDO NUCLEAR Y CENIZAS

Aquí nada es el silencio,
la albahaca y el romero danzan en sí mismos
traspasados por el aire de las nueve.

Aquí nunca es el silencio,
los pájaros tejen y destejen la vida simple
porque siempre hay una pluma que roza la
pupila del sauce,
porque siempre hay una hoja de sauce
que va de tacos altos a la fiesta del agua.

Aquí nada es el silencio,
el sol y la luna entrecierran los párpados
con una costumbre mucho más antigua
que los animales sagrados;
el sol y la luna,
maestros y testigos de crecimientos y mareas.

Al arroyo le transpiran los labios
sobre las piedras, el río crece un liso músculo
de arena
en el costado poniente de las islas mientras la
vida,
en forma de pez,
le utiliza las entrañas celestes
de su templo profundo.

Aquí nunca es el silencio, ni mi cuerpo,
que ahora descansa cerca de mí con la sangre
en sueños,
porque en pequeños movimientos vive
y escapa a otras formas y otros movimientos.

Pero de pronto,
todo,
puede ser imaginado en el silencio.
La nube opaca, nuclear y cenizas, devorando el
aire
y el último día del ángel.
El ángel, a veces, imagina una noche de nadie.

DIBUJO PRIMARIO

La paz es un dibujo primario:
 paloma definitiva en la boca del fusil
 y mimada herrumbre en la bomba “H”.

La paz viaja en la proa de la abeja,
 en los ojos de los peces,
 en la U prolongada de los barcos
 que transmigran sol y panes.

La paz se ríe de la parte por el arte
 de aquellos que se matan con almuerzos.

La paz es una mágica llanura
 crecida en el centro de mi casa –toda
 chocolate,
 viene Ricardito y se la come-.
 La paz sería nació en una montaña de cuencas
 sin ojos,
 sobre autómatas perdidos,
 bajo la sombra de cada fusilado
 en su grito y el poema.

La paz traviesa cálida se duerme en invierno
 con los pies de mi sobrino.

La paz no conoce la marcha del odio
 entrando en la vergüenza.
 La paz no es tranquila,
 no le vengán con el cuento del hambre y la
 miseria
 porque se enoja y salta.
 La paz

es más útil que vivir entre anochecer y una
campanada.

La paz se ríe de los que se matan con
almuerzos,
y tiene razón,
pero a la paz, amigo mío,
hay que ganarla.

ESPADA EN ROCÍO

Hemos recortado en la hierba
 una espada en rocío y la empuñamos para
 salvarnos
 con la forja del alba.

Tú sabes que estamos condenados a ver el
 nacimiento
 de pequeñas imágenes oscuras y empujarlas
 hasta formar pasaje en el tren de los cerezos.

Hemos remontado los caminos tomando a los
 niños,
 alzando en nuestros brazos sus racimos secos
 para que los traspasase la luz,
 para que nadie diga mañana que no lo sabía.

No quisimos contemplar la respiración de la
 furia,
 pero nos impusieron su latigazo y
 comprendimos que alguien
 pagará la restauración del hombre;
 este hombre deshecho, dilapidado,
 futuro germen de los museos del amor.

Nos aferramos a las pequeñas verdades
 rechazando la altura que no nos pertenece,
 por eso nos caminan los hombres con la
 sencillez
 de quien transita por su selva.
 Por ellos abrimos las venas,

derramamos la vitalidad de los cedros sin
 pensar
 que se terminaban los montes,
 los refugios que nos protegían.
 Sólo nos reservábamos el derecho
 de nuestra propia muerte,
 y es cosa de hombres que así sea.

El hijo que no tuvimos sabe
 por qué andamos siempre como
 despidiéndonos,
 y él sabe por qué alguna carta se ha escrito
 como si fuese la última.
 Él sabe de los aullidos en cualquier parte de la
 noche,
 sabe de nuestras escrituras en las paredes,
 paredes remotas
 que han gastado nuestras uñas.
 El hijo que no tuvimos sabe de los heridos
 porque sí,
 mientras la lluvia se cuele por los agujeros de
 la piel
 y las hormigas aguardan el momento del
 hambre,
 el momento de empezar su pesada y fina tarea.
 Él sabe, solo solitario,
 habitante mío desde la estrella más dura,
 que nada de esto ha sido fácil.
 Y yo sé que él,
 solo solitario,
 me espera en lo agrandado de mi miedo
 con sus eternas preguntas de niño.

LA MEMORIA SOLA

Apenas nos quedaba el valle,
 tan pocos días brumoso,
 y desde su altura granar la constancia del
 arroyo.

Bostezos de pinos y sauces despedían el
 salvaje
 interior de los pájaros que volvían a dormirse
 en la tarde venidera.

Solo nos quedaba bajar por la colina
 hacia la majestad sencilla del rumor.
 Cada historia con su calmo socorro de menta y
 verano
 espera las casas vacías del invierno,
 o el humo espeso del otoño,
 que detenido en el aire es apenas un recuerdo
 con su olor y sus francos demonios.
 Ahora nos quedaba un paseo solitario
 por una avenida de parras entre lunas y
 paraísos gigantes.

Un día,
 el viento,
 silbando en las púas del lindero,
 la mayor de las guitarras oxidadas,
 se hizo grito en el valle; como en fantasma
 revolvió antiguas cosechas,
 centenares de anchos sombreros y caballos,
 lluvia de manos sobre la fruta y los remos;
 aromas de cuero húmedo.
 Apenas alcanzamos a nadar como los peces,

desnudos y en silencio.
Nos era acaso el tiempo de estar cara al cielo
sobre un viaje de hierba,
cada vez más en sus raíces,
cada vez más hasta el sueño.
¿Qué será de aquel día?

Teníamos que irnos para siempre.
Para siempre.
Sólo nos dejaban
la memoria sola.

ÉL

El primero de enero le abrieron el pecho con
un grano de maíz.

El primero de febrero le pusieron un traje de
payaso y le asignaron una paga miserable.

El primero de marzo lo despidieron.

El primero de abril miró todo el día sus manos,
esa noche lloró.

El primero de mayo pintó de azul todas las
puertas y ventanas.

El primero de junio equivocó el camino 16
veces.

El primero de julio lo invitaron a una fiesta de
sordos y de mudos.

El primero de agosto perdió la casa en un
incendio dudoso.

El primero de septiembre se miró al espejo y
sacó la lengua.

El primero de octubre se fue al desierto.

El primero de noviembre volvió.

El primero de diciembre lo condenaron a morir
en una plaza pública por ser marxista y amigo
de un tal Jesús.

De seguir así, pensó, jamás encontrarán el jarro
de miel y el tazón de leche.

LA REPÚBLICA

Encadenan el brazo derecho de la República y
su ley,
su constitución,
las pálidas fibras de la vida simple quedan
inmóviles en un sigilo de piedra.
Pareciera que un general, un coronel borracho
y media docena de capitanes han encadenado
el brazo derecho.

Encadenan el brazo izquierdo de la República
y la calma,
el tránsito pesado, e tránsito ligero
y las barbas blancas del parlamento quedan
fijos
en un monumento de bronce, para el recuerdo.

Rodean el cuello de la patria con una gruesa
soga de espinas y de lodo
y la respiración de cada día, ya de por sí difícil,
se hace imposible,
salvo que uno esté del lado de un general, de
un coronel y media docena de capitanes
borrachos.

Aprietan la cintura de mi tierra con un silicio al
rojo vivo
y la República se convierte en un pobre pájaro
muerto
donde se multiplican los gusanos y las
hormigas

todo con aspecto de mármol de Carrara,
cubierto de hielo en julio y de paja maloliente
en febrero.

Y ya nadie se cree que un general, un coronel y
media docena de capitanes tienen el poder y el
manto sagrado;

hay algo más, una vuelta más.

La voz del amo con los estados unidos, los
unidos estados desde atrás y los vendepatria
por delante

poniendo sus caras en los ministerios, en la
escalinata de la Casa Rosada y sus traseros en
los baños dorados de las embajadas
nos dicen que TODO está bien, que así TODO
bien está;

nos dicen que un general, un coronel y seis
capitanes son los auténticos dueños del país, y
desde allí

convocan a todos los hijos de nuestro Suelo-
Amado-Patrio

a la unión, la concordia, el progreso y la
muerte.

Seis Capitanes, un coronel
y un general borrachos,
vulgarmente borrachos de sangre.

LA QUE ME SUEÑA LEJOS

Alguien me sueña lejos
y sé que ronda mis cañaverales amarillos,
mi rosa china,
el agua fresca entrando en la raíz del orégano.

Sé a la que sueña.
Gasta su vestido en la espesura de la higuera
aprisionando para mí la curva del verano.
Sé que alguien me sueña y toma su alimento en
silencio,
la que se acuesta inquieta detrás de su ventana.

Recuerdo a la que sueña.
Ella desgajó el aire para acariciar mi brazo
y al darme vuelta, ya lejos,
me ha mojado la espalda con una lágrima.

Ahora respiro el mar, siento que se acuesta su
sal en mis pulmones,
siento como se duerme sin decir hasta mañana
cansada de velas y gaviotas.

La sal me ha dejado solo
y desata un crepitar de semillas revueltas
en la miel de aquellas brevas,
muerdo sus pequeños mundos para estar en
ellos
como un campesino cuidadoso y seguro.
Chasquea la lengua de mi corazón cuando se
entibia la garganta,
cuando la beso a ella, la que me sueña lejos;

y no sé si esta humedad que me envuelve y me
da vueltas
es la bruma del mar que acostó su sal en mis
pulmones y en mi sangre
–torpe ahora-
o es aquella lágrima que mojó mi espalda una
mañana,
partiendo ya de mi tierra bien amada, tan
hendida. Tan amada.

Detrás de la ventana
la que me sueña lejos escucha el taconeo en la
calle.

Son los que todavía esperan encontrar mi
peligrosa huella
de pordiosero y alquimista.

Detrás de su ventana,
la que me sueña, mira una hora fosforescente:
las tres de la mañana.

Buena hora es en mi patria para matar gente
inocente.

Detrás de una ventana,
la que sueña,
la que tal vez vive todavía.

LA CARTA

Querida mía.

Te escribo

desde muy lejos,
 tu perdón es lo que quiero
 ya que prometí besarte por octubre
 con ese sueño de crecer en paz. Y no es
 posible.

De golpe despierto en este páramo;
 no viven aquí la hierba ni el árbol,
 la lluvia es desconocida, podrías verlo árido
 como el filo de una espada;
 sé que puedo tropezar y me duele el estómago.
 La sed es espantosa.
 Perdón, amor mío.

No podré
 besarte por
 octubre

con ese beso que el hombre y la mujer cincelan
 después de la guerra,
 ese beso que vuela, trepa y acaricia un segundo
 después de haber enterrado aquellas manchas.
 Empiezo un camino que sé adonde lleva pero
 no sé dónde termina;
 comienzo a levantar las murallas de una nueva
 ciudad,
 espero habitarla con gente tan disparatada
 como yo, tan obstinada como nosotros,
 con ellos podremos reconquistar el territorio
 que nos han llevado.

Decir esto ahora es empezar otra locura. Nada
tenemos.

Nos lastima en lo profundo el árido filo de la
espada seca
y la sed me deforma la palabra;
quiero decir amo y digo y grito de aquí no
pasarán;
empleo mi voluntad para que mi mano
izquierda no sepa lo que hace mi derecha,
pero mis dos cómplices llevan una piedra entre
sus dedos. Las piedras.

Las piedras de la muralla que levanto son
escasas,
debo caminar días enteros en su búsqueda.
Siento que me acompaña tu recuerdo en estas
caminatas.
Tu lejana casa.

Me consuelo pensando que hay otros octubres,
que poco a poco los canales traerán de nuevo el
agua.

Me han crecido las uñas y con ellas voy
ahondando los canales;
también me han crecido los dientes,
cuando no desgarran con ellos te aprisiono
como a las ciruelas de tu patio.
A veces juego con las cosas e intento con ellas
nuestro encuentro.

No me reproches ni regañes, hace frío.
Otras veces pienso que la muerte me dirá de
pronto detengamos el carro,

que descansen los caballos, apaguemos el
fuego;
ya no hay tiempos para brevas y duraznos.
Y entonces veo el octubre de mi tierra,
el lino florecido acabando en azul los cerros y
llanuras,
el aire tibio donde navegan el zorzal y la
calandria.
Mar de tierra, todo azul.
El Hombre, todo azul, respirando la distancia.
Todo azul las ovejas, las paredes y el techo de
la casa.
Azul y octubre tus manos y la parra,
azul mi perro y su palabra.
El trabajo en paz, al fin y al cabo.
Azul el agua que bebemos,
dura y alta.
Azul el agua que bebemos. Azul el agua.

TRES LÁMPARAS

No sé quién soy,
 tengo un águila en la sangre,
 un tigre en el corazón
 y un niño que me asalta en los poros de la piel;
 un niño que juega conmigo y le pide horas al
 hombre.

No sé quién soy,
 mi enemigo sí lo sabe.
 Él me ha puesto detrás de las rejas
 y ha intentado descabezar al tigre,
 desplumar el águila y matar el niño
 que me pide horas.

No sé quién soy.
 Mares de América, ¡No sé quién soy!
 Mi gente dice que el color de mis ojos cambia,
 que llevan un tono en la batalla,
 que tienen otro matiz en la ternura
 y en el trabajo son verdes de albahaca y hasta
 huelen a pimienta,
 pero no sé quién soy.
 Mi enemigo sí lo sabe;
 me ha perseguido por los túneles, por la niebla
 y ha incendiado un campo para quemarme
 vivo.

No sé quién soy.
 Lagos y montañas de América, ¡No sé quién
 soy!
 Qué hago vivo cuando debiera estar muerto.

Por qué estoy despierto cuando todos duermen.

Sí, lo sabe mi enemigo.

Aquí, en el exilio, sé que no puedo volver
para silenciar mi sangre ante mis muertos,
para contar los pasos grises de mi madre,
para acariciar la cabeza de otros niños
que me piden horas.

Ríos de América, ¡No sé quién soy!
Viento de América, ¡Dile al águila quién soy!
Tierra de América, ¡Dile al tigre quién soy!
Agua bendita del llanto,
¡Dile al niño quién soy y que los tres,
cada uno con su lámpara me iluminen el
jazmín, las semillas y el arado!
Que los tres, cada uno con su velamen, su
bronce y su juego
me lleven a los nuevos campos de la siembra,
ya que mi trinchera estalló en millones de
pedazos
y sin trinchera no soy nada.
Que el vuelo del águila, la astucia del tigre y la
ternura del niño
me salven,
me gobiernen,
me guíen al combate.

Mi enemigo, ahora, ahora mismo,
ha puesto precio a mi cabeza.
Ahora, ahora mismo, acabo de saber quién soy.

MALOMAL

Bien por los pueblos que viajan en sus trenes y
sus barcos,

bien para el pueblo que cuida sus almendros
y los jardines que salpican la ciudad y cada
villa.

Malomal para el pueblo si su tren y su barco
viajan sin rumbo,
malomal para los pueblos sin gaviotas ni
jardines.

Bien por el pueblo que enciende la luz propia
y la lleva hasta los últimos rincones para
dejarla caer
sobre la fantasía de un cuento
y en las calles interminables de lo que hay que
saber.

Malomal para el pueblo que no es dueño de la
chispa,
el agua y la sal que su pan diario reclama.

Bien por el pueblo que embarca los retoños de
su trabajo y
los dirige hacia donde el Hombre más los
necesita;
bien por el pueblo que moja esos retoños con el
sudor de su lámpara
y los multiplica hasta que la miseria huye en
estampida
con su malacara hecha pedazos.

Malomal para los pueblos que ponen los
 retoños de su trabajo a los pies de la banca
 o de la bolsa de comercio,
 dueños de nada aunque les hagan creer que son
 dueños de la vida
 mientras sus hijos caen de tifus, tuberculosis,
 malaria, hambre, ignorancia
 y la miseria es reina y señora, bastarda bien
 mandada, legítima, por fin, en todas las
 ventanillas de la burocracia.

Bien por los pueblos que veneran a los más
 altos en bondad y sabiduría,
 bien por el pueblo que hace suyas estas
 virtudes sin necesidad de expropiarlas
 y las calienta y las acuna hasta el infinito.

Malomal para los pueblos que no expropián el
 carbón, el petróleo, las imprentas,
 los puertos, la electricidad, el acero, el trigo,
 las fábricas,
 los ríos, el viento y la música.

Malomal para los pueblos que no expulsan de
 sus fronteras de amor
 a los señoritos de galera que a punta de bastón
 nos indican donde debemos morir sin sollozar
 por los harapos de nuestro palpitar y el palpitar
 ajeno.

Bien por los pueblos que expulsan lo infértil, lo
 egoísta,
 al señorito de galera y bastón con su cultura de
 fusil
 apuntando al corazón de la calle o al cuello de
 las esquinas,

su cultura de aerosoles falsos para conquistar
hombres y muchachas,
su cultura del plato de lentejas: la civilización
del cercomóvil, último modelo sobre cuatro
ruedas y rejas invisibles tripulado por hombres
y mujeres huecos.

Malomal para los pueblos que aceptan esas
dictaduras más o menos encubiertas,
más o menos digeribles, totalmente inflexibles
en su corrupción y el desatino.

Bien por los pueblos que hacen del amanecer
un canto, una danza de la tarde
y un manifiesto de la noche
donde la paleta del universo y el pincel del
Hombre rescatan la tibieza del fuego.

Mal por los pueblos que son número a la
mañana, un cheque a la tarde y un depósito
vacío a la noche.

Bien por mi amigo, el que primero dio su
sangre por los otros,
hombre o animal, hembra o macho –nadie lo
sabe- sin nombre ni apellido,
que no importa, pero sin duda el primer
jardinero de la vida.

Bien por mi caballo que ha quedado solitario,
viviendo como puede en la llanura de la pampa
esperando mi regreso,
este regreso de vivir como se puede para
cruzar, juntos los dos,
de un galope el polvo de mi tierra.

Bien por mi caballo,
malomal para mí si no aguanto en mi diestra la
bandera de tormenta;
malomal para nuestros enemigos si creen que
mi gente les dará tregua en la tormenta.
Confiscaremos su equipaje donde no hay ni un
tibio rezo,
ni una triste y miserable carta al panadero, ni el
color de una travesura,
ni espigas de trigo o de lavanda;
ni memorias de la lluvia de septiembre.
Confiscaremos su equipaje: calaveras, látigos,
tortura,
cenizas de hombres y de libros, traición,
olvidos,
escrituras de casas y terrenos de campos y de
fábricas;
galones de uniforme, claro está, medallas que
premian la obsecuencia;
pecados que en América Latina y en cualquier
parte del mundo
los pueblos cobran al contado, y que yo sepa,
amigos míos,
no hay magisterio de perdón para tanta
oscuridad,
sucursal directa aquí, en la tierra, del mismo
infierno.

Malomal para nosotros, amigos míos,
si nuestra bandera de trigales y lavanda, de
brevas y de leche
no flamea en un escándalo de luz armado hasta
los dientes
con lo más duro y vivo del ocaso.

PURO Y CLARO ANIMAL

Me pregunto de cuánta sangre
 dispone el misterio nocturno
 y en qué precipicio la arrojará.
 Me pregunto qué día estallará
 el seco golpe de tambor sobre mi tierra,
 eco en las montañas, penetrando con su lanza
 en los olvidados que no olvidan.
 Me pregunto mientras me demoro
 buscando el calor incesante del nacimiento.
 En ti me pregunto, territorio favorable.

Pasa el jangadero,
 pasa con su silencio moreno.
 Pasa la guayaba, muda bajo las tacuaras,
 catedral amarilla sin órganos ni curas.
 Me pregunto qué día rasgarán los padres del
 agua
 estas venas buscando la guarida
 que anidan los culpables.
 ¿De qué metales volveré
 cuando escuche el primer golpe de tambor,
 de qué tiempo llegaré dueño?
 Vuela de boca en boca
 un áspero idioma liberado.
 Hoy las primeras huellas de un animal puro se
 han visto,
 ha llegado para devorarlo todo.
 ¡Ay de las fieras de instinto corvo!
 Despiertan los dioses de la selva,
 salen con su coraje principal brotando

desde su amor por nosotros,
corren a vivirse como padres;
se unirán al puro y claro animal.
Juntos marcharán a salvarse.

Me pregunto de cuántas flores
dispone el misterio nocturno
y qué viento las vestirá.

Es nuestra la carcajada del río.
Corta la estrella final el machetero,
la ofrece como una vena roja y gigantesca
para que la beban los que padecen escarchas
al sur del corazón.

Apenas se atreve el invierno
en lo espeso de las picadas verdes,
él también puede ser devorado
por la más profundas de las magias.
Magia de multiplicarse y matar, magia de
lavarse en nacimientos;
magia de olvidar y crecer.
Crecer largamente.

Pasa el bullicio forestal y le pregunto.
Pasa el aire arrojando por la borda anzuelos de
cristal.

¡Ay de las fieras de instinto corvo!

Selva adentro ya se escucha al puro y claro
animal.

Savia adentro, yo, pacto con sus huellas.

HACIA OCCIDENTE

De toda la sangre que me anda
es guaraní la sangre que me habita.
Vagas ternuras me llegan desde España o Italia
y hasta de irlandés me beben en un relato de
Quiroga,
pero mi patria ahora se ve en su quebracho
centenario,
la recorre el instinto vegetal de los helechos;
va sigilosa en el rugido y la leyenda.

Yo vengo de esa selva
que invadida por la nieve
mató a la nieve en líquido secreto.
Estuve muerto en Garupá bajo un timbó,
después nací: llovía una espuma dorada
de mariposa transparente en el Guarán;
más allá o más acá
durmió su sombra espesa el jabalí.
Tal vez por eso sea como **voy**,
un potro oscuro y cansado en la mirada,
una violencia en marcha hacia occidente.

SI ES QUE HAY UN PATIO TODAVÍA

Si desde tu ventana
no ves a ese hombre silencioso
ni a ese otro que pasa uniformado,
si desde allí no ves al Absoluto
con su cara de pocos amigos decretando
la muerte del humo y los jazmines
de qué podemos hablar.

Cuándo y dónde podremos caminar los dos
si la ausencia del fuego no te clavó anzuelos
ni has sentido en alguna de tus tardes
correr la sangre de mujeres y nubes.

Si dormido no intentas un sueño
distinto al que te obliga el Absoluto
de qué manera emparejaré
mis arcos y mis flechas a tu sueño.
Quién dirá que son iguales mi sed y tu sed
si aceptas ese cántaro con su mariposa muerta
y su religión nada de nada.

Si no vives a tu tierra golpeada y sedienta,
su cuerpo en la sombra mendigando un par de
ojos
para ver el mar donde camina el ángel
con su puñado de semillas.
Si no ves el ángel
qué himnos cantaremos tú y yo.
Si ahora, ahora mismo,

no hay un pájaro enseñando a volar sin
misterios,
si niegas su desierto, su nieve, su gracia,
de qué podemos mirarnos.

Si aceptas otro paso del Absoluto
y su zarpa en tu boca
cómo dirás que soy inhumano
si ya te han decretado mudo.
En qué idioma, hermano mío,
podré entenderte.

Corre la sangre calle abajo,
la sangre de abajo,
los de abajo con su sangre.
Sube la sangre,
la sangre del ángel.

Hemos jugado juntos,
hemos compartido los juguetes.
Ya no hay juguetes.

¿En qué patio volveremos a encontrarnos?

HOMBRES DESDE ACÁ

Nosotros, hombres desde acá,
desde este desvío de la historia,
rodeados de banderas sin aire,
vasos manchados,
desencuentros.

Nosotros, hombres desde acá,
obligados a pasar de perfil por cientos y miles
de lugares
con nuestra tristeza debajo del brazo:
un libro que no interesa demasiado,
un origen de vagas referencias;
frases en que todo parece que sí,
pero que no,
condenados a vivir traspasados por las astillas
de una oscuridad ajena.
Empujados a callar nuestro silbo en la
caminata.

Nosotros, hombres desde acá,
mirando este arco iris de sangre reseca en los
dientes,
las uñas y pezuñas de los insaciables,
los ávidos de nuestra carne y nuestros huesos.
Nosotros, hombres desde acá,
desde la náusea de tripas y saliva
cuando matan nuestra infancia ya sin pan ni
leyenda,
lejos del cántaro de miel.
Nuestra náusea de tripas y de lástima.
Nosotros, hombrecitos desde siempre,

muertos bajo una tierra pasada por las armas,
y por las dudas prisionera.

Nosotros,
vivos a medias en el último refinamiento de
don torturador.

Nosotros,

ásperos,

surgentes,

nostálgicos,

empecinados mientras todo el frío del invierno
arroja sus yeguas de vidrio
sobre cogollos de silencio.

Nosotros, los que nada tenemos,
nosotros.

Nada más que la fiebre de un sueño americano
mantiene esta sociedad abierta con la vida,
su pájaro invisible nos guía
en esta noche crispada por el toque de queda
y millones de gemidos.

Nosotros, hombres desde cualquier parte,
apelamos para que la leche materna
no se estanque alrededor de pobres espejismos
ni se pudra en ríos que no van a ninguna parte.
Nosotros, los que intentamos violar las puertas
del egoísmo
para derribar las paredes de su guardia
buscando,
buscando que las aves y los sueños

volaran más puros en la cara del mar.
Nosotros, hombres desde acá,
apelamos para que el agua escuche la verdad,
apelamos para que la lleve a cada costa
y diga que recién nacida la tomó,
que nueva la sostiene
y que joven nos espera.
Nosotros, hombres desde acá,
desde la muerte, la tortura, la cárcel y el exilio
salvando nuestra sangre sobre el yunque del
alba,
trabajando cada día sus huecos, sus artistas;
templando cada día el grito que la preña
y el fuego que le nace como un vástago
para que su punta y su filo
permitan que los aves y los sueños,
toda la inocencia y todos los sueños,
jueguen ágiles y limpios sobre la cara del mar.

EL TREN DE LOS CEREZOS

Cuando finalice mi concierto
guardaré en las cañas del vado
el silbo de las caminatas.
Mientras apagan la luz de la Cúpula Grande
confiaré de nuevo mis grillos
y mis abejas
a su estuche de niebla y semillas.

Como no habrá tiempo para esa despedida
trépare de un salto al tren de los cerezos.

ZONA DE TANGO Y
OTRAS

LISANDRO (tango)

Por Lisandro, me pregunta el visitante,
me quiere sonsacar hasta el cabello.
Quiere saber de su infancia, de sus viajes,
y lo iguala con un filo que anda suelto.

Me chimenta que tu andanza es subversiva
para ver si se ablanda mi memoria
—agradece de antemano lo que diga
porque tu vida resulta peligrosa—.

Yo le digo que Lisandro amaba un pibe,
un pibe que dejaron en baranda,
que Lisandro lo buscaba con su juego
y el purrete se alegraba una semana.

Y le digo que también amaba un libro
muy gastado en las hojas y las tapas,
que nunca supe ni el título ni el signo
pero hablaba de molinos y de lanzas.

Le repito que una vez que estuve enfermo
él supo averiguar lo que faltaba,
que otras gentes como yo lo conocieron,
que otros hombres, como yo, lo respetaban.

El botón que vino y trajo credenciales
se va como caliente y murmurando.
Me parece temeroso de encontrarse
con tu andanza de quijote ciudadano.

Alguna tarde se afloja en la cantina
un diario con tu nombre dando vueltas.

Lo releo con los ojos y las tripas
y me alegro de que sigas en tu huella.

Lisandro.

LISANDRO DICE (tango)

Cómo andarás de oscuro en esas calles
 con tu sombra doblando en el misterio,
 murmurando a cada paso alguna frase
 que ase apaga en la esquina del silencio.

Cómo andarás de bronca en esas calles
 obligado de niebla como el resto.
 Se acabaron esos sueños de encontrarle
 una luna de adoquín a tus potreros.

Cambiaron una noche el santo y seña,
 te prohibieron escribir en las paredes.
 Llenaron la ciudad de centinelas
 que hicieron
 la ausencia
 de hombres y
 mujeres.

Y sé que me dirás alguna noche
 “ya no puedo vivir de esta manera”.
 Una luna de adoquín, justo a las doce,
 matará con su reflejo al centinela.

Volverás a sentirte con las ganas
 de subir por la cuesta de tu barrio,
 de romper esa niebla dura y ancha
 escribiendo en la pared
 SIGO
 SOÑANDO.

DECRETO LEY N° 1 (tango)

Si ese hombre quiere amar
dándolo todo
es un loco de atar.
Maten al loco.

Hay que hacerlo caminar
sobre las llamas,
debemos terminar
con su palabra.

No importa su nombre y apellido
o si es hijo del mar o de la tierra.
Hay que impedir que se extienda lo que ha
dicho,
hay que romper su piel y su inocencia.

Nada cambiará si es derrotado,
su voz se perderá en nuestra hoguera.
Hay que impedir que se sepan sus milagros
y esos besos que dio que-los-devuelvan.

Si este hombre quiere dar
su vino claro
no lo dejen llenar
copas o vasos.

Si su sangre es como el mar
corten su cuello,
le debemos sacar
hasta los huesos.

LISANDRO BAILA (tango)

Si lo ven bailar en esa esquina
miren bien que deja alguna estela
alfabeta en luces cuando gira
con perros, malvones y una orquesta.

Este soñador, según parece,
de un tango canyengue se alimenta.
Mastica el rezongo de los fuelles
y bebe el violín cuando se queja.

Pero todo junto es esperanza
tanto en el violín como en el fuelle.
Tiembla en la baldosa su percanta
haciendo del tango lo que quiere.

Se va de las leyes de la danza,
envina lo gris del barrio triste.
Mago que a pesar de cien mordazas
mete bulla, guía y se resiste.

Después de bailar desaparece
dejando un depósito de luces.
Uno allí se mira en lo que siente
y eso gira, gira, canta y sube.

FLORENCIA (tango)

En ese tango-luna subversivo
es ella la mitad de la burbuja.
El color, el compás, Lisandro mismo
hacen la otra mitad de la figura.

Se escapó del comando de la fiaca
quitando de su vida lo aburrido.
No quiso ser “la niña de la casa”
no quiso ser la-niña-del-olvido.

Florencia, la percanta, es la jefa
de todo aquel gentío acorralado.
Ella cuida los ojos de la espera
donde vive la luna de su tango.

Pobrerío cantor el de esta jefa
que en un compás nocturno se subleva
hasta llegar al sol con más de treinta
sin miedo, echando falta; haciendo huella.

Bien, Florencia. Tu luna, tu cadera,
el amor, la pura rabia, tu hermosura,
el cálido temblor que te libera,
todo
ha nacido allí, de tu ternura.

IGUAL QUE LA SOMBRA

No hay lugar para él en nuestra patria,
ni hay lugar para él en estas calles.
Nadie puede escucharle la palabra,
la que dejó brotando aquella tarde.

Se dice que su sombra baila sola
machacando el oído de la gente
con un destino de preñar las horas
en el sexo de un tiempo diferente.

Un tiempo, diferente al de las bestias
que asesinan, torturan y acorralan.
Un tiempo de sudores e inocencias
más verde sobre el verde de la patria.

Hay días que la sombra tiene frío
sin su cuerpo lejano, desterrado,
y bebe en las palomas del estío
esa luz que a lo alto van dejando.

Ayer perdió su cuerpo en mala hora,
ninguno sabe el rumbo que ha tomado,
pero el cuerpo al tocar las mismas cosas
tan igual que su sombra no ha callado.

EL NUEVO VECINO

Cuenta que vivió en un pueblo chico
que en él comió sus horas y damascos,
que se fue de allí siendo maduro
por unas diferencias y un presagio.

Le suelo ver la voz en cicatrices
si el vino que la moja es de aquel clima.
Se tumba en el lecho sin dormirse
fumando en ese barco a la deriva.

Me apura si no crezco en lo que pienso,
me deja entre sus ríos y sus cosas.
Me ha dicho que hay un tiempo de silencio
y afirma que ese tiempo no es ahora.

Opina que si el canto apunta lejos
habrá que cantar a lo más simple,
“a una piedra gastada por el viento
sosteniendo lo poco que se vive”.

Y dice que si el canto suena claro
ha de ser porque toca alguna herida,
que sólo así se espantan los demonios.
Hurgando en sus huecos y guaridas.

Repite que buscando en lo profundo
aún se llena la sangre de jinetes,
galopan en la noche todos juntos
y en fogatas de pueblo se amanecen.

Le suelo ver la copa y las raíces
si el aire que lo cruza es de aquel clima.
Se acuesta en su lecho sin dormirse
sosteniendo el fuego y las cenizas.

Y OTRO AQUÍ

Y otro aquí, sin país, que se ha caído,
 que no sé cómo darle mi palabra.
 Tan lleno de silencio,
 tan exilio,
 tan lejos de todo cuando le hablan.

No sé si recordarle un viejo cuento,
 o el café que lo viera más muchacho.
 Tan lleno de no puedo,
 tan callado,
 ahora tan distinto, tan deshecho.

Y ese amigo que andará
 de pena en pena
 pisará conmigo alguna calle,
 tomaremos de la calle lo que deja
 desde el sol a la gente y una parte,
 una parte de esta vida que se arrima,
 que de pronto se desnuda y nos despierta,
 que danza en el dibujo que intentaste
 a pesar de que algunos no la dejan.

Más no tengo, compañero, aunque quisiera,
 te lo digo mano a mano, conversando.
 Guardemos este sol que raya en la vereda
 por si mañana
 no pudiera

acompañarnos.

ALGO DE GUITARRA

Una gaviota no tiene ventanas,
pero si la amas, amas su vuelo,
el color y su celo
canta en su ventana.
Canta.

Una piedra no tiene ventanas,
pero si ella te mira y te deja
su paciencia y sus grietas
canta en su ventana.

La polvareda nunca tuvo alas,
ella lleva todos los caminos
donde fue testigo
y no ha dicho nada
que hoy está cansada.
Cántale a sus alas,
cántale a sus alas.

Si tu tierra no tiene ventanas,
o si en todo caso alguien las cerrara,
cántale en la noche cuando está tumbada,
la tierra sedienta bebe en tu guitarra,
la mano y el ojo de la tierra cantan.
Canta en su ventana,
con toda su gente,
canta en su ventana.

UN PUEBLO SIN
MEDALLAS

UN PUEBLO SIN MEDALLAS (I)

Todo lo que se habla va de sombra, todo lo que
quiero se ha secado.

El árbol de la vida se desploma, al tronco
algunos hombres lo astillaron.

Todo lo que cansa está en la calle, todo lo que
abruma va en decreto.

La miel es prisionera de otros aires, lo dulce se
corrompe y ya no es nuestro.

La tierra untaba despacio su trenza de carne y
tiempo, tenía lo necesario para levantar su tarea
con el resplandor más alto y más claro.

Que había mar, había, y una larga cordillera y
una selva, también una enorme pampa y ríos de
cuento, ríos con peces gigantes y suaves
promesas.

En aquel mar se podían soñar las locuras más
profundas, en aquella cordillera se
ensanchaban los metales; la selva movía un
sobresalto de aventura mientras que en la
pampa se cansaba el viento silbando leguas
interminables.

Por el lado de los ríos las leyendas caían como
hojas en un paraíso salvaje.

Entre aquel dormir y aquel despertar la tierra
continuaba trenzando su carne y su tiempo
hasta que un sol sin fechas vio aparecer su
resplandor más claro y más alto.

Su hombre.

Traía en la boca aquella palabra de metales y de peces., de galope en la pampa; traía el arcón del mar y el rastro de la selva.

En los caminos que abría plantó sus amores contestando al silencio con pueblos y ciudades, respondió con su fragua y su brazo a los intentos de otros hombres de vida cerrada y fortunas ásperas que buscaban adueñarse de la fragua y su brazo, de pueblos y ciudades.

Así en el horizonte se cruzaron las batallas, el día se descubrió marchando sobre cadáveres, fusiles, pieles abandonadas sin querer, sobre un coraje que siempre terminaba poniendo la casa en pie cortando las manos que pretendían llevarse la chispa y el agua.

Los nuestros eran hombres de andar sin medallas en el pecho, nadie los encuentra por aquellos homenajes pálidos y puros, ni en el nombre de las calles ni tampoco en la grieta del algún monumento.

Hacían su historia aparte y para adentro, fortalecidos entre sus galopes y sembrados.

Hicieron su historia para todos.

Fueron su propio bautismo y su vasija funeral porque eran la tierra misma, nada dejaba de caber en ellos.

En sus arados y sus lanzas anillaban la paciencia y la furia; lo mismo más tarde en las fábricas y los trenes, o en el canto o la tristeza.

Carne y tiempo que amanece poco a poco sobre sismos y volcanes. Así de terremoto y tanto de volcán bebió su independencia, sus

nuevos caminos, la ropa con que la patria
terminaba de vestirse para un baile de
centauros; la ropa de siempre con su nueva
medida de mar, cordillera, selva, ríos, pampa.

Hablar de aquellos, nuestros hombres, calienta
la saliva y afila los ojos.

Es este mismo pueblo que ahora vive entre
toques de queda mirando a las manos extrañas
rompiendo en cuatro pedazos lo que él levantó
con su hombro de níquel y granito.

El que ve cómo le niegan la propia cara del
nacimiento, que presencia la herrumbre de las
uvas, que señala al traficante de toda su
jornada y su cansancio, el que regresa por las
noches y cuenta lo que ha visto; y ha visto
celestinos presurosos de fortunas ásperas y
estúpidos militares como insectos de un juego
al calor infernal de una lámpara viscosa,
incapaces del error por ellos mismo ya que el
rumbo de la desgracia ni siquiera apunta en sus
timones; únicamente las manos extrañas
pueden indicar la marcha, la prebenda, el
arreglo, la sustitución, la mordida; la gran
mancha sobre una hoja y dos y cien de nuestro
libro sagrado. Peones, peones de un juego,
nunca otra cosa. Nunca.

Allí anda nuestro pueblo, tratando de que algo
quede en pie; tan pronto se apoya en su fragua,
su alegría prohibida, o en su tristeza tan partida
y repartida como su carne y su tiempo.

Ahí están las calles de las ciudades sin que
nadie pueda desmentir el miedo. Hoy sin
precio las calles y sin nada limpio por lo que
pueda caminar.

Por allí anda el humo de las chimeneas, sucio
de ser extranjero en su aire.

Ahí está el puerto, repleto de barcos que llevan
de todo y no han traído nada, nada más que
oscuridades a pagar y un código secreto en el
que figuramos tal como los otros nos han
inventariado.

Como animales sin flor en la solapa.

Para nosotros han levantado los corrales.
Vamos a las oficinas, al parque, a la iglesia o
los andenes y todo es un corral.

Nos andamos tropezando medio mudos y
medio muertos haciendo innecesario el cómo te
va porque estamos en un corral, y por si fuera
poco, por si alguno lo dudara, hagamos lo que
hagamos se nos paga con un puñado de avena
en nombre de la patria, porque así estamos
anotados.

Igual que las bestias.

Como bestias sin canto en la garganta.

Veo que veo a mi amigo, mi amigo,
a nuestros hijos dispersos
sin soles ni agua ni tiempo.
Veo que veo mi amigo.

Veo que veo mi amigo, mi amigo,
cercos de fuego matando

palomas, trigales y pasos.
Veo que veo mi amigo.

Veo que veo, ay hermano! Hermano,
cayendo aquello que hicimos,
se rompe en cuatro pedazos
y se lo llevan los ríos.
Veo que veo los mismos, veo que veo los
mismos.
Ay hermano, ay hermano!

Veo que veo a la patria, la patria,
muriendo en los pedregales,
nos niegan hasta su cara
nos quitan sus manantiales.
Veo que veo a la patria,
veo que veo a la patria
cayendo en los pedregales.

Siento que siento a la muerte, la muerte,
pariendo algunos señores,
pudren el barro en que crecen
y espinan nuestros dolores.
Siento que siento a la muerte, la muerte,
pariendo algunos señores.

Miren que miren ahora, ahora,
cómo se mueren las uvas.
Esos señores las tocan
y el zumo llora y se herrumbra.
Miren que miren ahora, ahora,
cómo se mueren las uvas.

Veo que veo ciudades, ciudades,
con ese toque de queda,
está prohibido mirarse
y está prohibido que llueva.
Veo que veo ciudades
con ese toque de queda.

Veo que veo sus calles, sus calles,
con el silencio en el cuerpo,
seco el aroma y el talle
y con el odio despierto.
Veo que veo sus calles
por el silencio y el miedo.

Tengo que tengo tristeza, tristeza,
por tantos hombres perdidos.
Eran de azúcar y tierra,
eran el padre y el hijo.
Tengo que tengo tristeza, tristeza,
por esos hombres perdidos.

Veo que veo, ay hermano! Hermano,
cayendo aquello que hicimos,
se rompe en cuatro pedazos
y se lo llevan los ríos.
Veo que veo lo mismo,
Veo que veo los mismos.
Ay hermano, ay hermano!

UN PUEBLO SIN MEDALLAS (II)

Cabalga con su sombra por la pampa, a veces
va relámpago en el cerro.

Se pone de bandera cuando ataca alzado de
rabia como el trueno.

En días de trabajo tala el monte cavando en el
paisaje algún sendero.

Él vive con lo poco de los pobres marchando
sin medallas en el pecho.

Padre de los míos y del viento, dueño de las
huellas que hoy te siguen, la noche se abraza
con tu cuerpo.

Un río secreto los bendice.

Lo intentan olvidar los que no sueñan, tal vez
porque olvidado duele menos.

Él sube a la memoria de la tierra y estalla en la
sangre de los nuestros.

Mis hombres lo rescatan de su muerte, lo
encuentran en los ritos del coraje, escuchan el
silencio del ausente y esperan la vuelta de su
viaje.

Qué piensa ese niño mirando a otro niño.
Qué hace aquella mujer hablando al oído de
otra mujer.

Y estos hombres qué buscan levantándose para
marchar reunidos.

A dónde va toda esa gente.
 De qué padre hablan, cuál es la cofradía que
 pone un solo color en sus miradas.
 Por qué beben todos de aquel antiguo cántaro.

El sauce aparece con más ramas que nunca, la
 fábrica vomita un destello y queda en silencio.

Qué pasa con el mar, qué diablos pasa con el
 mar.

Quién ha volcado ese santo y seña por las
 calles, qué son ese brillo y esa sombra en la
 montaña.

De dónde viene esa orden que ha paralizado al
 carbón y la vendimia.

Padre de los nuestros, bienvenido!
 Padre de los nuestros, bienvenido!
 Padre que revives en tu gente, aquí estamos!
 Te veo esa rabia en los huesos, veo espuma en
 cada una de tus manos; quién no ve un
 polvorín en tus cabellos.

Quién no siente en tus ojos el calor y el frío
 necesarios.

Quién no ha esperado tus infinitos nombres!

Padre de los nuestros, bienvenido!
 Un golpe de tambor, la tierra que abre su
 verano dejando libre tu paso,
 el resplandor más claro y más alto.
 Un santo y seña, el pedregal que se curva de tu
 azul y el molino
 donde has triturado el grano blanco

para repartirlo en brazos de rescate.

Un santo y seña azul y blanco
para que la memoria nos diga por dónde
debemos pasar con esta carga de amor y de
tormenta.

Un santo y seña para que mi verdad
no sea más que la de mi hermano
y para que la suya no me impida caminar,
para que mi brazo y su brazo lleguen juntos a
la fragua,
para que no desoigamos tu voz cuando nos
gritas...

“Que cada uno salga de su capilla.
Beban los ríos, ocupen las plazas, desaten la
miel;
acorralen al que ha profanado nuestro pedregal
y el molino.

Persigan a vuelo y a rastras a todos los que
agriaron la frente de los niños
y la paciencia de esta tierra.

Que cada uno salga de su golpe y su fracaso
y se sumerja en millones de dolores y fracasos
sino no serán pueblo ni jamás se firmará este
protocolo de septiembre.

A esta primavera se la siembra con todos los
sudores o no se siembra!

Se la cosecha con todos los cuerpos o se pudre!

Se la sostiene con toda la sangre o se rompe!

Que cada uno salga de su verdad a solas
y la dé de beber como tomará de otra copa la
gota de nieve y el vino claro,
las banderas que otro y otros y otros llevaron
por cualquier camino naciendo y muriendo,

muriendo y naciendo, naciendo muriendo
creciendo.

Que cada grupo lleve su canto al otro y
aprendan de los demás lo que cantan sobre el
hombre, que también se cuenten los barcos en
que navegan, los pájaros que festejan, als
guitarras que envejecieron y los muertos que
viven en sus llantos y sus cuentas.

Si estos muertos no nos pertenecen de nada
vale que desatemos la miel, que acunemos el
aceite; de nada vale un santo y seña azul y
blanco si aquellos, los nuestros, son de unos o
de otros.

¿No eran de azúcar el padre y el hijo?

Por nosotros han estallado en su piel y en sus
ojos.

Si no son nuestros de qué sirve esta tormenta,
¡Para qué agitaremos estos brazos!

El pedregal azul, el molino blanco. Un santo y
seña.

Un pueblo.

Un enemigo, áspero en su fortuna, con sus tíos
de adentro y de afuera: con todo el odio y el
puño seco con que se han parido.

No somos bestias sin canto en la garganta,
¡somos un canto!

Somos un pueblo. Somos un rescate.

¡Que cada uno salga de su piedra y todos
juntos rompan el corral!

Que cada uno flor y piedra.

Que cada uno todos.

¡Que cada uno todos!”

Bienvenido padre de los nuestros.

Bienvenido.

¡Bienvenido!

Qué piensan ese niño y ese otro.

Qué hace aquella mujer hablando al oído de
otra mujer.

Y estos hombres qué buscan levantándose para
marchar reunidos.

Dónde va toda esa gente.

De qué padre hablan.

Cuál es la cofradía que pone al rojo sus
miradas.

Por qué beben de aquel antiguo cántaro.

Qué pasa con el mar.

Que diablos pasa con el mar.

Padre de los míos, Bienvenido.

Padre de los míos, Bienvenido ¡Bienvenido!

¡Padre de los míos que revives en tu pueblo!

Vuela que vuela camino, camino,
tu polvareda rugiente.

Andar y andar de tu gente
trueno que trueno camino.

Niebla que niebla parece, parece,
trayendo llenas las ubres.

Desde la pampa a las cumbres

niebla que niebla parece.

Puedo que puedo, ay hermano, hermano,
romper los ojos del cerco,
trizar la noche en mis manos
defendiendo lo que es nuestro.
Siento que siento lo mismo, siento que siento
lo mismo.

Soy tu hermano, soy tu hermano.
Veo que veo a la patria, la patria,
naciendo en los pedregales.
La vida crece y se lava
de nuevo en sus manantiales.
Veo que veo a la patria,
veo que veo a la patria
naciendo en los pedregales.

PADRE DE LOS MÍOS Y DEL VIENTO
DUEÑO DE LAS HUELLAS QUE HOY TE
SIGUEN,
LA NOCHE SE ABRAZA CON TU
CUERPO.
UN RÍO SECRETO LOS BENDICE.

LO INTENTAN OLVIDAR LOS QUE NO
SUEÑAN,
TAL VEZ PORQUE OLVIDADO DUELE
MENOS.
ÉL SUBE A LA MEMORIA DE LA TIERRA
Y ESTALLA EN LA SANGRE DE LOS
NUESTROS.

No es que yo salga del aire, del aire,

ni que me empujen los vientos.
Soy esa rabia, compadre,
que me apuntala los huesos.
No es que yo salga del aire, del aire,
ni que me empujen los vientos.

Suelo que suelo llevarme, llevarme,
esto que va en mi cintura,
acero y fuego en la carne
por un pueblo que me busca.
Suelo que suelo llevarme, llevarme,
esto que va en mi cintura.

Vengo que vengo de nuevo, de nuevo,
con tantos hombres perdidos.
Vayan con ellos creciendo
y yo con ellos lo mismo.
Vengo que vengo de nuevo, de nuevo,
con tantos hombres perdidos.

Cuiden que cuiden hermanos, hermanos,
cada pedrusco ganado,
que nadie pierda las ganas
de aguantarlo en nuestras manos.
Cuiden que cuiden hermanos, hermanos,
cada pedrusco ganado.

¡Veó que veo a la patria, la patria,
naciendo en los pedregales,
la vida crece y se lava
porfiada en sus manantiales,
veo que veo a la patria
naciendo en MIS pedregales!

Canon de un extranjero

Leonardo Castillo

La Noticia

Un minuto antes de que oscureciera

se inclinó para beber.

Su rostro estaba allí, en el agua,

Mucho más cansado que el suyo.

Tratado sobre precipicios y unicornios

Lamentó no poder compartir con alguien
aquellas brasas que se iban desgranando
antes del viaje.

Después recordaría
la extensa noche y las leguas que anduvo.
En todo el camino no presencié milagros,
ni vio torres ni cosa alguna que se pareciera
al fuego.

Las grandes ausencias

Con los años bebió el orgullo
en su poesía,
hasta que algo le advirtió
que en esa palabra sobraban
muchísimas palabras,
pero en ninguna línea
aparecía la razón del pájaro
o el imperio de octubre en su
provincia,
ni tampoco el murmullo
o el color de los mercados.

A cada uno

Cada uno llevará a su tumba
el automóvil, la chequera,
los viajes a Miami
y la pinacoteca única donde han quedado,
para siempre,
los senos de la mujer que poseyó.
De no ser así
¿Cómo explicar sus vidas?

La curva perfecta

El timbó sabía,
el paraíso sabía,
el fresno también.

Se quedó a conversar con los tres
esperando el ave del anochecer
con su vuelo de oro y en sus plumas
la curva perfecta,
los diminutos arcones
con las semillas del agua.

Al volver dijo a los hombres
todo lo que tenía que decir.
Desde entonces nada es lo mismo,
aunque nadie recuerde su nombre
y todo parezca igual.

Las historias difíciles

Muy arriba las nubes murmuraban
formas de coronas, caballos,
palacios rojos y mujeres inalcanzables.

Las estrellas caían habitualmente
en racimos y espejos, muy arriba.

Muy arriba el poeta cantaba dulces
nostalgias

y nadie se preguntaba qué había
más allá del horizonte.

Solo el puente, muy abajo, después de cada
aluvión sabía lo que cuesta unir y sostener
dos orillas diferentes.

Un gato enorme

Se entiende que en la década del treinta

los capataces fueran como fueron.

Les venía del patrón esa historia de moler

cristianos,

más que nada con ese morocho

de ojos como piedras ariscas

y cabeza de gato.

-Porque ni nombre tenés.

-No, no tengo. A mí me dicen Mate Cosido.

Era una bellísima tarde, y el capataz

se fue de este mundo sin conocer a Mozart.

Qué hacer

Se derrumbó el muro
(vaya a saber qué sabidurías
y qué errores lo mantenían en pie).
En este lado se festejó largamente.
Celebraron ante la mirada de millones
pasados por el hambre,
lo festejaban las tropas que invaden
mi dormitorio y las que hacía tiempo
ocupaban Granada y Panamá.
Se bailó con los cadáveres
(La Gioconda había preparado
el rostro para estos casos)
y en Sudáfrica se transpiraba
degollando negros.
Como las celebraciones y los ritos
se prolongaban escribió un libro
en miles de páginas.
En cada página sólo dos palabras.

*A Ray Robinson, Pascual Pérez
y Alejandro Magno*

La última noche del Rey

Casi ni ves, has aprendido todo el arte pero esta noche no alcanza. El tiempo y los golpes han demolido ese punto que relacionó a tu cabeza con el resto de la arquitectura. En la niebla que cruzan pequeños búhos luminosos no es difícil creer que el triunfo o la derrota es lo de menos, lo difícil es lo otro. La soledad de tus huesos volando a una región desconocida cuando alguien te grita al oído ... nueve.

Agua y Piedra

Chou Shao Lai dejó lecciones de agua y piedra sobre el arte de la defensa personal. Tenía noventa años cuando la muerte comenzó a trepar en los maderos de su cama. Lai estaba preparado. Giró lentamente alejándose del suelo. La muerte, atónita, dejó su oficio cotidiano para observar. Luego la voz de la oscura y la de Chou resonaron espléndidas en el cuarto entre la cordillera y el mar.

El maestro adquiría más rapidez en cada giro, cada vez más alto, hasta que el pájaro y la nada creyeron estar en el último sueño.

Cuestiones de equipaje

Le dijeron que había una sola manera
de evitar la tortura y la muerte.
Tenía que denunciar,
corromper y entregar la palabra
que protegía la luz y el misterio.

Que no se molesten,
no se molesten, dijo.
Un ejército de acero enmudeció
los filos y las puntas –que ya no resplandecían
en aquel ocaso-.

Se arrojó a una fiesta de olas,
de vientos y piedras
desde un acantilado imposible.

Todos sabemos que así salvó aquellas dos cosas, pero nadie puede afirmar que está en nuestra memoria.

Apenas, hablando del olvido,
se puede decir que está en mi memoria.

No hay más

Había planos y había puntas,
había días en que el sol quemaba la tierra
y en otros se escondía.

Había gente pobre y gente rica
y un solo río para nadar un rato.

Canon de un extranjero

De la torre Eiffel
al museo de los impresionistas.

De la torre Eiffel al Louvre.

De la torre Eiffel a un café
en Saint Germain donde se reuniría
con otros exiliados.

Se obliga a esos itinerarios
porque, como dice, nada mejor
que ir de lo bobalicón a la esencia.

Mientras camina va pensando
en su patria.

No hay nave del aire que no tenga
prohibido llevarlo a la Argentina
y hace nueve años que todos los barcos
se han hundido.

Cruza el bulevar

pensando en su patria, siempre
pensando en su patria,
como si fuera cierto que algunas colinas
y aquel valle lo estuvieran esperando.

La Danza y la Luz en Cataluña (Sitges)

A nosotros nos fue negado el saludo,
el vuelo de las garzas, los trenes.
Se nos ha carenciado de paz
borrando un horizonte
que ya nadie recuerda.

En Sitges, tal vez por eso,
nos proveyeron de pan y bacalao,
del aire mediterráneo que escribe
con barcas sobre la luz.

Yo recordaba antiguas parábolas
de peces, las transformaba a mi antojo
y los pescadores de aquella luz sonreían
aplaudiendo
algunos milagros repentinos y pequeños.
Años después, al volver a mi tierra
un viento endemoniado basta y sobra

para derribar la casa,
esparcirla en millones de partículas
y juntarlas en un montón de basura.
Ya se ha hecho tarde para levantar otro
templo.
Por eso tal vez recuerde aquel pueblo de
Cataluña,
donde se baila la Sardana y se hacían
milagros en el bullicio de la feria.

La sed

¿Y si tuviera la certeza
de la montaña o la bahía
para ver más claro,
para intentar la vida
con el trazo y el color que
nadie ha visto?

A esa certeza, alguna vez,
la pude entrever en los bordes
de un silencio preciso:
era la puerta de un ocre
hacia el desierto que alguien
traspasa en las pesadillas,
desierto que se recorre en soledades
rojas y doradas –no recuerdo
ni una mínima piedra donde apoyarme-.
Allí, alguna vez, durante siglos,

nada más que la sed me ha dicho
que estoy vivo.
Y también todo el viento,
llevando de aquí para allá
todo el paisaje
con la obstinada perfección
de la locura.
De aquí para allá,
levantando y fundiendo
torres de arena por el solo hecho
de firmar, al pie del estallido,
con la mano de Van Gogh
al pie de los cuernos.

Figura con caballo

Ese que allí viene
-le dice un molino a otro-
es nada más que palabra,
lo que ofrece es sólo un palio de niebla
o algún espejismo.
La lanza no es una lanza,
la armadura es un cisco
y el escudero un sapo.
Peor aún, le responde un banquero,
es algo mucho más grave:
es un extranjero en su propio mundo.

De silencios y canciones

Su canción es antimilitarista,
su canción escapa del sistema,
su canción jamás olvidó
las otras canciones del prisionero
-las del viejo prisionero-.

Su canción refleja
el alboroto del crecimiento
como si fuera una canción
-está segura que su canción
es materia de pájaros-.

Al estallar su corazón
se preguntó qué canto alumbraría
el próximo sueño y qué oído,
por fin,
lo reconocería.

La tierra, prisionera
de un reflejo infinito, seguía

hechizada el derrotero de los astros.
Allí no había espacio para
esa pregunta -ni para ninguna otra-
desde hacía siglos.

El paredón de los inocentes

El aire de aquí se fue transformando
en una mancha estúpida.

No se merece ni aquellos héroes
ni los trabajos responsables
-cualquier trabajo responsable-.

Hasta en el más olvidado
de los rincones nos amenaza la Carcoma
y en el espacio más abierto
la luz se cae a pedazos.

Los amantes del punto y coma,
de la diéresis y la pregunta,
los que respetan su propia
fatiga y la fatiga ajena,
todos,
están boca abajo, en el
barro, con las manos en la nuca,
esperando que el verdugo
los nombre al despuntar el alba.

¿Señor?
¿Cómo se llaman los responsables
del aire de aquí?

**A veces la guerra comienza en los
andenes (2 de Abril 1982)**

Nada más desierto,
nada más helado,
nada más vacío
que dejar caer el brazo
después de haber despedido el tren
que se lleva todo.

Todos los días

Cada vez que la geografía guerrea,
cada vez que la comarca
sangra y vacila,
cada vez que no ensamblan
en su país la hora del almuerzo
con la gente,
el caballero se enfurece:
Se mendiga él mismo
y de lo que no tiene, y nunca tendrá,
armadura, un libro o cualquier
otra batalla.
Todos los días
-sobre campos minados-
Todos los días.
Todos los días.
Todos los días.
Años y años, y ya con más de setenta,
soñó que debía cruzar una calle,

otra más,
pero un cansancio, más allá del aire y de su
propia sangre
lo impedía.

La Royal como arma de caballería

Como el caballero no creía en fantasmas,
la casa abandonada
no tiene fantasmas,
pero aún se conserva la sombra
que balancea los veranos
y la luz ancha que hace el mediodía.
A pesar de todo algo se inquieta,
todavía, en lo profundo de la casa;
algo que hizo un mundo
-de hielo y fuego-
cuando alguien escribía como si rezara,
antes de encabezar
la última carga con toda la caballería
de un mínima Royal.
A pesar del caballero, y de su deseo
de honrar todas las huellas,
todas,

algo se inquieta allí, en lo
profundo del abandono.

El resplandor al otro lado

Le pareció que en un mundo
con tanto ruido
era absurdo cantar.

Construyó el pequeño navío
y una noche
lo utilizó, tal como
lo había dispuesto, para irse.
Ni siquiera lo atrae el posible
resplandor al otro lado.